

Babel

REVISTA DE ARTE Y CRITICA

SITUACION DE LA LITERATURA EN LA URSS

SUMARIO

VICTOR SERGE: *LA TRAGEDIA DE LOS ESCRITORES SOVIETICOS* ¶ PETER MEYER: *EL DILEMA DEL ESCRITOR RUSO* ¶ ERNESTO MONTENEGRO: *LA NUEVA INQUISICION* ¶ DWIGHT MACDONALD: *CULTURA BUROCRATICA* ¶ LUIS FRANCO: *MADRE REVOLUCION* ¶ MARTIN THOMAS: *AVENTURAS DE ILYA EHRENBURG* ¶ MAURICIO AMSTER: *DE POETAS Y GENDARMES* ¶ BERTRAM D. WOLFE: *NOMENCLADOR SOVIETICO* ¶ ENRIQUE ESPINOZA: *CRISIS DEL PENSAMIENTO EN LA URSS*

SANTIAGO **48** DE CHILE

Babel

ALGUNOS NUMEROS ESPECIALES:

15 16.—HOMENAJE A LEON TROTSKY

LEÓN TROTSKY/*Retrato y autógrafo.*—ENRIQUE ESPINOZA/*Los escritores frente a León Trotsky.*—LUIS FRANCO/*Vida y muerte de Trotsky* ERNESTO MONTENEGRO/*Trotsky, maestro de conciencias.*—CIRO ALEGRÍA/*Perfil de un revolucionario.*—MANUEL ROJAS/*El último combatiente.*—EDMUND WILSON/*Rol de Trotsky en la historia.*—JAMES T. FARRELL/*Tributo al gran viejo.*—DWIGHT MACDONALD/*Intento de apreciación.*—*Páginas escogidas de Trotsky.*

100 págs. \$ 30.—

N.º 18.—HOMENAJE A W. H. HUDSON

ENRIQUE ESPINOZA/*La reconquista de Hudson.*—LUIS FRANCO/*Hudson en la Pampa.*—MANUEL ROJAS/*El animismo de Hudson.*—ERNESTO MONTENEGRO/*Hudson, novelista de la Naturaleza.*—HERNÁN GÓMEZ/*Por el rastro de Hudson.*—CIRO ALEGRÍA/*Una lección de Hudson.*—*Páginas escogidas de Hudson.*

72 págs. \$ 20.—

N.º 26.—SOBRE LA CUESTION JUDIA

WALDO FRANK/*El judío en nuestro tiempo.*—B. SANÍN CANO, ERNESTO MONTENEGRO, ARTURO CAPDEVILA, J. GARCÍA MONGE, VÍCTOR SERGE/*Sobre la cuestión judía.*—JEAN MALAQUAIS/*Marianka* (cuento)—GUSTAVO REGLER/*Los niños del Ghetto* (versos).—JOSÉ CARLOS MARIÁTEGUI/*El renacimiento judío.*—ENRIQUE ESPINOZA/*Mester de Judería.*

AGOTADO.

N.º 28.—LA GENERACION DEL AÑO VEINTE

CARLOS VICUÑA/*El año veinte.*—SANTIAGO LABARCA/*La generación del año 20.*—EUGENIO GONZÁLEZ/*Juventud veinteañera.*—DANIEL SCHWEITZER/*Juan Gandulfo.*—MANUEL ROJAS/*Recuerdos de José Domingo Gómez Rojas.*—GONZÁLEZ VERA/*Estudiantes del año 20.*—ENRIQUE ESPINOZA/*Colofón.*

48 págs. \$ 10.—

GUIA DE LIBREROS

LIBRERIA APOLO

Pasaje Matte 88 - Tel. 66727

TODO LO QUE SE LEE EN ESPAÑOL
CONCEDEMOS CRÉDITOS
CONSULTE CONDICIONES

LIBRERIA DE OCCIDENTE

Alameda B. O'Higgins 1313

Teléfono 69649

LITERATURA GENERAL

LIBRERIA CRUZ DEL SUR

Bandera 445 - Tel. 88118

EDICIONES CRUZ DEL SUR

LIBRERIA POLLAK

LIBROS EN ALEMÁN NUEVOS Y
ANTICUARIADO EN GENERAL
Huérfanos 972 - 3er. P. Of. 314
Casilla 9620 - Fono 82180
SANTIAGO

LIBRERIA CULTURA

Catedral 1039 - Tel. 68813
Casilla 4130

AHORA A VEINTE PASOS DEL
CORREO Y DE LA PLAZA DE
ARMAS

LIBRERIA PLUS ULTRA (Ex-Librería Ercilla)

Agustinas 1639 - Tel. 62222
Casilla 4655

LIBROS EN TODAS LAS RAMAS
DEL SABER HUMANO

EDITORIAL DEL PACIFICO — S. A. —

Ahumada 57 - Teléfono 89166
Casilla 3126

LIBRERÍA.—SALA DE
EXPOSICIONES

LIBRERIA SALVAT

Agustinas 1043 - Tel. 84734

LIBROS TÉCNICOS Y LITERATURA
GENERAL

LIBRAIRIE FRANCAISE

Estado 36 - Tel. 80504
Casilla 43 D.

LITERATURA, CIENCIAS, ARTES Y
LIBROS TÉCNICOS EN FRANCÉS.
EN LENGUA ESPAÑOLA TODAS
LAS NOVEDADES

LIBRERIA SENECA

Huérfanos 836 - Tel. 32217

LIBROS TÉCNICOS Y
LITERATURA EN GENERAL

LIBRERIA NASCIMENTO

San Antonio 240 - Tel. 32062

LAS MEJORES EDICIONES
NACIONALES Y EXTRANJERAS

LIBRERIA CORCEL

Corrientes 1681 Buenos Aires

OBRAS ARGENTINAS Y
AMERICANAS EN GENERAL

EL LIBRO: UN REGALO DIGNO Y PERDURABLE. PREFIERALO Y ELIJALO ENTRE LAS EDICIONES NACIONALES \ CAMARA DE EDITORES DE CHILE

DOS LIBROS DE ACTUALIDAD

CONVERSACIONES SOBRE RUSIA

por PEARL S. BUCK

Esta obra, que aparece en momentos en que la opinión pública mundial está pendiente de la posición que adopte Rusia frente a los más vitales problemas de la paz, encierra todo el amplio panorama de la vida del pueblo ruso en sus distintas manifestaciones y es el producto de las conversaciones que la autora mantuvo con una mujer rusa—Masha Scott—, sobre las múltiples facetas de la vida cotidiana. Responde a cuantos puntos de interés encierra la idiosincrasia del pueblo ruso, vistos con la mayor imparcialidad.

De nuestra Colección «Obras de Actualidad»

Edición en rústica: \$ 50.—

CONVERSACIONES SOBRE ALEMANIA

por PEARL S. BUCK

Todo el panorama político, social, familiar y humano en general, visto por la autora a través de diálogos sostenidos con una inteligente mujer alemana,—Erna von Pustau—. Las causas que produjeron el triunfo del nazismo y su precipitada y violenta caída son reveladas aquí con sencillez y claridad.

De nuestra Colección de «Obras de Actualidad»

Edición en rústica: \$ 75.—

EN VENTA EN TODAS LAS BUENAS LIBRERÍAS Y EN

EMPRESA EDITORA ZIG-ZAG, S. A.
CASILLA 84-D. SANTIAGO—CHILE



Colección del Olivaz

En esta bellísima Colección de obras maestras, editadas con un refinamiento inigualado en el país, han aparecido los siguientes títulos:

JORGE MANRIQUE

COPLAS A LA MUERTE DE SU PADRE

150 ejs. numerados, en papel Shadow-mould Narcissus. Edición manuscrita. Rústica: \$ 300.— Con pastas en pergamino rotuladas a mano y estuche de bibliófilo: \$ 600.— (Agotada)

MIGUEL DE CERVANTES

EL LICENCIADO VIDRIERA

230 ejs. numerados, en papel Shadow-mould Narcissus. Edición facsímil para el 4.º Centenario del nacimiento del autor. Rústica: \$ 300.— Con pastas en pergamino rotuladas a mano y estuche de bibliófilo. \$ 600.—

SEM TOB DE CARRION

PROVERBIOS MORALES

120 ejs. numerados, en papel Shadow-mould Laurel, en rústica: \$ 300.—
30 ejs. numerados, en papel de tina, blanco, con pastas de pergamino rotuladas y doradas a mano y estuche de bibliófilo: \$ 700.—

.....

PEDIDOS A LA REVISTA **Babel** ALAMEDA 2555, SANTIAGO

Mauricio Amster

diseños tipográficos para publicaciones

y propaganda

PLAZA BULNES 79, Dep. 115

Teléfono 84411

ADINA AMENEDO

ENCUADERNACIONES DE LUJO

EN CUERO Y PERGAMINO

PLAZA BULNES 79, Dep. 115

TELEFONO 84411

COLECCIONES DE "BABEL"

Tomo I.	N.º 1 a 12, 384 páginas	<i>Agotada</i>
Tomo II.	N.º 13 a 16, 230	» . \$ 100.—
Tomo III.	N.º 17 y 18, 140	» . 50.—
Tomo IV.	N.º 19 a 21, 144	» . 50.—
Tomo V.	N.º 22 a 24, 164	» . 50.—
Tomo VI.	N.º 25 a 27, 152	» . 50.—
Tomo VII.	N.º 28 a 30, 144	» . 50.—
Tomo VIII.	N.º 31 a 33, 146	» . 50.—
Tomo IX.	N.º 34 a 36, 168	» . 50.—
Tomo X.	N.º 37 a 42, 280	» . 100.—
Tomo XI.	N.º 43 a 48, 316	» . 150.—

Cada ejemplar suelto \$ 20.—

*Agotados los números 1 a 12, 13, 14, 17, 19, 25, 26,
29, 31, 34, 37 y 43*

Ofrecemos una colección completa única en \$1.000

PEDIDOS A LA REVISTA **Babel** AV. B. O'HIGGINS 2551

Colaboradores

VÍCTOR SERGE.—1891-1947. Ha escrito para BABEL en los últimos años de su vida: «Sobre la cuestión judía» (N.º 26); «Letanía de la mañana» (N.º 33); «El Viejo» (N.º 40) y «México», poema póstumo (N.º 43).

PETER MEYER.—Es uno de los colaboradores de la revista norteamericana *Politics* «El dilema del escritor ruso» apareció en sus páginas como una contestación a ciertas apreciaciones de Dwight Macdonald. Tradujo: Mauricio Amster.

ERNESTO MONTENEGRO.—Un cable (A. P.) fechado en Moscú el 12 de Septiembre de 1948 confirma el diagnóstico de Montenegro en «La Nueva Inquisición», pues dice al comienzo: «El Comité Central del Partido Comunista impuso cambios radicales en la revista *Cocodrilo*. Véase de E. M. «Los dos Pontífices» (N.º 33).

DWIGHT MACDONALD.—Director de *Politics* de Nueva York. Ha consagrado últimamente un número especial de su periódico a las purgas soviéticas. El artículo que publicamos pertenece a dicho número y forma parte de un trabajo más extenso. Anteriormente publicamos de D. M. «25 millones de nosotros» (N.º 7) e «Intento de apreciación» (N.º 15-16).

LUIS FRANCO.—Escribe en BABEL desde su fundación. Véase entre otros trabajos suyos: «Pasado y porvenir» (N.º 21); «La poesía del hombre nuevo» (N.º 30); «El Estado, negación del hombre» (N.º 32); «Don Paquito» (N.º 34) y «Construiremos la Nueva Babel» (N.º 39).

MARTIN THOMAS.—Nombre de pluma de un colaborador de *Commentary* de Nueva York, de cuyas páginas tomamos debidamente autorizados su artículo sobre «Las aventuras de Ilya Ehrenburg». Lo tradujo Catiucha.

MAURICIO AMSTER.—Director artístico de BABEL. Véase: «La rama y el retoño» (N.º 34); «Recuerdos de Gutiérrez Solana» (N.º 27); «Un amigo de Goethe» (N.º 37) y «Discos evocadores» (N.º 39).

BERTRAM D. WOLFE.—Autor de una biografía crítica de Diego Rivera y traductor del poema «El hacha» de León Felipe al inglés. La nota que publicamos anticipa una investigación emprendida con motivo de su próximo libro acerca de Lenin, Stalin y Trotsky.

ENRIQUE ESPINOZA.—Véase en relación más o menos directa con el presente número: «Heine y Marx» (N.º 19); «Los intelectuales y la guerra» (N.º 22); «¿Resistencia o sumisión?» (N.º 25); «El mito y la historia» (N.º 31); «Conciencia histórica» (N.º 34); «La tragedia de Walther Rathenau» (N.º 39) y «El fantasma mete ahora miedo en América» (N.º 44).

Babel

REVISTA DE ARTE Y CRITICA

DIRIGIDA POR ENRIQUE ESPINOZA

AQUÍ SE CONFUNDE EL TROPEL
DE LOS QUE A LO INFINITO TIENDEN
Y SE EDIFICA LA BABEL
EN DONDE TODOS SE COMPRENDEN.

Rubén Darío

NOVIEMBRE—DICIEMBRE, 1948

AÑO IX **48** VOL. XI

SANTIAGO DE CHILE

Víctor Serge †

LA TRAGEDIA DE LOS ESCRITORES SOVIETICOS

SÓLO SIRVE DIGNAMENTE A LA LIBERTAD EL QUE A RIESGO DE SER TOMADO POR SU ENEMIGO, LA PRESERVA SIN TEMBLAR DE LOS QUE LA COMPROMETEN CON SUS ERRORES. NO MERECE EL DICTADO DE DEFENSOR DE LA LIBERTAD QUIEN EXCUSA SUS VICIOS Y CRÍMINES POR EL TEMOR MUJERIL DE PARECER TIBIO EN SU DEFENSA.

MARTÍ.

VOY a considerar aquí este problema sólo bajo el aspecto más temible de la realidad inmediata. Son los apuntes de un escritor que tiene la impresión de haber combatido desde hace una veintena de años en medio de acontecimientos cada vez más sofocantes, en los que veía morir del modo más diverso a los hombres (o a las obras) cuya vocación esencial era dar expresión a la conciencia.

He recibido últimamente desde muy lejos y después de múltiples rodeos dos mensajes que se complementan en su trágica significación. La literatura de nuestro tiempo de postguerra sin paz, es decir, sin reconciliación de las víctimas, sin impulso hacia una reconstrucción del mundo, sin un renuevo de nuestra confianza en el hombre, refleja, sobre todo, angustia. Muestra igualmente qué margen estrecho de libertad creadora deja la realidad social al escritor, aun cuando éste para entregarse a una ilusión vivificante y elevarse a la altura de la pesadilla, está dispuesto a afirmar, como ciertos autores franceses, una «libertad vertiginosa». Si hubiera hoy por lo menos algún intercambio bastante sincero, si no viviéramos aislados por inmensas murallas de cárcel, podría verificarse la singular aparición, dentro de la literatura ruso-soviética, de una bienhechora claridad. Entre la multitud de obras surgidas de la guerra, algunas escritas con talento innegable —aunque según las líneas generales proporcionadas de antemano por los burócratas omnipotentes,—aparecieron varios poemas que no llevan, como el soldado el uniforme, la estampilla oficial. Sucede que no deja de verse al hombre aun bajo el uniforme cuando éste tiene una expresión intensa, una figura personal. El régimen del pensamiento dirigido ha considerado razonablemente que imponíase acordar algún alivio al alma humana en tiempo de tan negros sufrimientos; y así

† Pocos meses antes de caer fulminado por un ataque al corazón, Víctor Serge al tanto de nuestro proyecto de consagrar un número entero de BABEL a la situación de la literatura soviética, nos hizo llegar el presente artículo que ahora publicamos tal cual nos lo envió, en el primer aniversario de su lamentada desaparición.

autorizó en cierto modo un renacimiento religioso convenientemente vigilado y en otro, una poesía lírica estrictamente limitada al gran tema del amor. El amor es, en verdad, más peligroso para las tiranías de lo que se cree a primera vista.

Ellos lo saben. No hay que dejar que el hombre y la mujer encuentren en la exaltación del acoplamiento una evasión absorbente, susceptible de aminorar su celo en el trabajo, su obediencia a las consignas supremas del Estado, su devoción hacia el Jefe... Me acuerdo de un obrero joven «fatigado de ideología» que le escribió al viejo Máximo Gorki: «Quisiera que el campesino, en lugar de abrazar al tractor, abrazara a la campesina, quisiera campos donde no aparecieran clavos sino hierbas, quisiera distraerme». Y el gran escritor, oficializado ya, le contestó con tono indignado: «Distraerse, pero si es la más antigua consigna de los parásitos. Que otros trabajen, distraigámonos nosotros.» (*Pravda*, 20 de Diciembre, 1931). El más notable poeta lírico de Rusia, Sergio Esiénin, vivió precisamente por tal motivo como un réprobo hostigado, lo que le condujo finalmente al suicidio en 1925. Algunos años más tarde, el mismo conflicto interior llevó al suicidio al poeta de la esperanza en la dictadura, Vladimiro Maiakovsky... Pero en tiempos de guerra peligrosos menos psicológicos que el lirismo amenazan al Estado absoluto. Es cuerdo entonces, puesto que toda la juventud está amagada en su derecho a la vida, permitirle el canto del amor, que si ayuda a vivir, puede asimismo ayudar a combatir y morir. El hecho es que junto a una prosa patriótica abrumadora en su monotonía, la literatura ruso-soviética produjo recientemente algunos poemas de amor de un vigor noble y de una frescura de sentimiento y de pensamiento que bastan para demostrar que el hombre ruso continúa viviendo en profundidad bajo el más pesado estreñimiento. Tengo a la vista el noveno cuaderno de la revista *Znamia* (Estandarte) de 1946 que trae un poema de Margarita Aliguer, «Tu victoria», de 6700 versos. El autor no era más que una joven desconocida hasta ayer.

La obra que es simple y está escrita en la lengua clásica de los poetas rusos del siglo XIX, alcanza por momentos las cumbres de un lirismo denso de viva experiencia, de lúcida pasión, de afectuosa inteligencia, propicio al más vasto esplendor emotivo.

*... Que aquel que caiga sobre el polvo enrojecido,
el casco traspasado por un relámpago,*

*que aquél perdone a los sobrevivientes
su sagrado derecho a la caricia terrestre.*

En su conjunto, a pesar de algunas concesiones inevitables y probablemente sinceras a la fraseología ideológica del momento, esta obra me parece en todo de primer orden y no veo a qué compararla en las cuatro lenguas europeas en que me esfuerzo en seguir la producción literaria.

En el mismo momento en que recibía el cuaderno de literatura oficial conteniendo este poema, supe con muchos años de retraso, pues la regla es el secreto, la muerte (habría que decir el asesinato) de uno de los poetas más significativos de los últimos treinta años: Ossip Emilievitch Mandelstam. Alcanzaría apenas la cincuentena. Había fundado alrededor de 1913 con Nicolás Stepanovitch Gumiliev, la escuela del akmeismo que ejerció grande y fecunda influencia. El akmeismo se proponía la «verdad inmediata» bajo una forma perfectamente adecuada (N. S. Gumiliev, uno de los cuatro o cinco poetas rusos de verdadera importancia a comienzos de la revolución, profesaba abiertamente ideas contrarrevolucionarias y fué fusilado en 1921.) Me acuerdo de una velada, en Leningrado, en casa de los Mandelstam, en 1932. El poeta había reunido unos cuantos amigos escritores para leernos una obra en prosa que había traído de su viaje a Armenia. No nombraré a ninguno de los asistentes de aquella velada, mis camaradas y amigos, a fin de no comprometer a los sobrevivientes. Judío, más bien pequeño, con un rostro de tristeza concentrada, ojos pardos, inquietos y meditativos, Mandelstam, altamente apreciado por los hombres de letras, vivía pobremente, difícilmente. No se le publicaba nada, producía muy poco, sin atreverse a luchar contra la represión de los censores y las diatribas de los oradores de la Asociación de Escritores proletarios. El texto cincelado que nos leyó me hizo pensar en el mejor Giraudoux, pero no se trataba del vasto sueño de Susana frente al Pacífico; era secretamente la cuestión de la resistencia del poeta a la cuerda del estrangulador. La presencia del lago de Erivan y de las nieves de Ararat elevaban en murmullo de brisa una reivindicación de la libertad, un elogio subversivo de la imaginación, una afirmación del pensamiento ingobernable. Mandelstam, una vez terminada la

lectura, nos interrogó: «¿Creen ustedes que es publicable?» No estaba prohibido admirar los paisajes. Pero ¿entenderían los censores el lenguaje rebelde de los mismos?

Ignoro si aquellas páginas vieron la luz, pues al poco tiempo fuí encerrado en la Prisión Interior (y secreta) de Moscú por delito de opinión. Supe que Mandelstam había intentado luego suicidarse y que durante el terror escribió una cuarteta epigramática en la que podía verse una alusión al Jefe, cuarteta que tuvo la imprudencia de mostrar a algunos amigos: supe también que fué arrestado y que a partir de 1942 sus raros amigos lo consideraban muerto en el cautiverio en circunstancias desconocidas... Está permitido publicar un gran poema de amor. Está mortalmente prohibido preguntar al Estado qué se han hecho los poetas y prosistas desaparecidos. El amor mismo debe callar en el umbral de los calabozos.

No se ha escrito aun la historia de la masacre de los escritores soviéticos entre 1936 y 1939. ¿Qué editor, qué revista acogería tal relato? Todo ha sucedido entre tinieblas; por lo tanto, éste sólo podrá ser fragmentario. Pero publicado o no dicho drama constituye uno de los signos fundamentales de nuestro tiempo. Un amigo que era uno de los escritores más notables de la generación revolucionaria, me decía en Moscú: «Nuestra conciencia de escritores soviéticos es muy distinta de la de los hombres de letras de Occidente. Ninguno de nosotros escapa a la angustia de una ejecución posible. Ni uno solo que no exclame amargamente en su soledad: «Ah si pudiera crear libremente». La angustia de este creador extraordinario, se ha visto plenamente justificada: nadie sabe qué ha sido de él. Sus quince libros poderosamente válidos fueron retirados de las bibliotecas. Sus colegas no se atreven a pronunciar su nombre. Esa ha sido la suerte de muchos escritores magistrales de primer orden, en quienes hay que reconocer a los verdaderos fundadores de la literatura soviética. Así Boris Pilniak, autor de «Iván de María», del «Año estéril», del «Bosque de islas», del «Volga desemboca en el mar Caspio». Así Babel, autor de «Caballería roja» (*Konarmia*) y de los «Cuentos de Odesa». Así Voronski, antiguo revolucionario que estuvo condenado a trabajos forzados y que fué el animador de la literatura soviética a partir de 1918 («El arte y la vida», «Más allá de las aguas vivas y muertas», etc.), fusilado ciertamente pues pertenecía a la oposición de izquierda.

Así el viejo Ivanov-Razumik, historiador y filósofo, uno de los guías intelectuales de la generación de 1917.

Ivanov-Razumik acababa de publicar una bibliografía de Schedrin cuando desapareció. Tuve noticias de él en la prisión gracias a un joven poeta, mi compañero de celda, una noche que no sabía él mismo por qué estaba encerrado; creo haber discernido que se reprochaba al maestro y a sus discípulos mantener un escondido apego a la filosofía idealista de Mijailovsky y de Lavrov... Así el director teatral Meyerhold, cuyas audacias renovaron la escena rusa entre 1902 y 1936. Así el historiador del marxismo, Riazánov, muerto en la deportación a comienzos de la guerra. No podría naturalmente hacer la lista de los escritores menos conocidos, los jóvenes, los autores de memorias acerca de la revolución, desaparecidos por centenas. Esa lista no la conoce nadie si no es —tal vez— algún dirigente de los servicios secretos de la policía política. Y el «talvez» que pongo aquí es «opaco» pues los mismos jefes de policía que hicieron las depuraciones desaparecieron después. La regla es que suprimido el hombre sus obras se eliminan, su nombre no se pronuncie más y se le borre del pasado y hasta de la historia. Acabo de leer los excelentes recuerdos de Constantino Fedin sobre Máximo Gorki. Se refieren a una época en la cual yo conocía muy bien a Gorki, que mantenía una valerosa independencia moral y como no se privaba de criticar el poder revolucionario acabó por recibir de Lenin una amistosa invitación a irse al extranjero... Puedo verificar la asombrosa exactitud de las notas de Fedin, la probidad que pone al registrar las salidas acostumbradas de Gorki, en las que me parece reconocer el gesto y la voz. Sin embargo, a cada página, compruebo la omisión de ideas muchas veces expresadas, de hechos históricos, de nombres... Admiro crispado la habilidad, la tenacidad, la estática honestidad del escritor que logra trazar un retrato verídico, poderosamente vivo, de acuerdo en todo, sin desdén (aunque no sin pena, me imagino) al dogma de obediencia.

Ninguno de los escritores desaparecidos que acabo de nombrar, salvo Riazánov fué objeto de una acusación pública. (Y Riazánov fué acusado en la prensa de haber conspirado con la Internacional socialista para preparar la guerra contra la URSS lo que resulta una locura; se le condenó en secreto, por vía administrativa. En verdad, había tenido algunos estallidos de indignación y un movimiento de generosidad hacia los marxistas perseguidos.) Ninguno ha sido condenado en

forma distinta. Muchos como Pilniak, Babel, Meyerhold, Ria-zánov, eran personalmente conocidos en los dos hemisferios. Tenían obras traducidas en inglés, francés, alemán, español, catalán, checo, idisch, chino... Ningún Pen Club, ni aun aquellos que les habían ofrecido banquetes, se ha interesado por su suerte. Ninguna revista literaria, que yo sepa, ha comentado su misterioso fin. Se han publicado en el extranjero libros sobre la literatura soviética que los pasan en silencio o sólo los mencionan incidentalmente y evasivamente. Una compli-cidad universal rodea su suplicio.

Sobre la actitud de las revistas, es decir de los intelectua-les que hacen las revistas, frente a esos misterios y a esos crí-menes, me permitiré citar un hecho entre tantos que podría extraer de mi propia experiencia. Cuando el viejo marxista alemán Otto Rühle, biógrafo de Carlos Marx, autor de nume-rosas obras de reconocida importancia, militante de la revolu-ción alemana de 1918, murió en México en 1943, ofrecí a una importante revista sudamericana donde tenía él numerosos amigos consagrarle un ensayo. Mi proposición fué acogida en principio con interés, aunque mi nombre de herético suscitó cierta inquietud. Pero cuando expresé la intención de mencio-nar, entre los combates sostenidos por Otto Rühle, su partici-pación en la Comisión John Dewey que proclamó la inocencia de Trotsky, se me respondió categóricamente: «No, imposible». Del punto de vista racional, nunca he podido comprender por qué era imposible, a menos que no fuera por un temor injustifi-cable que falseaba la conciencia de los redactores de la revista. El mismo mal se ha extendido hoy a los dos extremos del ma-pamundi.

El hombre civilizado que ve cometer un crimen bajo sus ventanas en pleno día sin que nadie, ni él mismo, se permita inter-venir o tan solo pegar un grito de alerta, ¿puede seguir con-cediéndose la propia estimación, la claridad de juicio, el espí-ritu crítico, la capacidad de crear, si es un artista? El escri-tor al tanto de lo que pasa en el mundo —, y yo creo que es un deber del escritor estar informado — aparece muchas ve-ces en esa incómoda condición. Herida la conciencia, no es-cape a la deprimente contaminación del pensamiento dirigido; dirigido sobre todo por el terror y por la perversión psicológica, pues de afrontar la inhumanidad total del problema con firme convicción no podría menos que negarle aquiescencia.

Aquí se plantea en verdad, la compleja cuestión de la fe, in-separable del ambiente social y del interés... Aun es preciso exigir de la fe religiosa o política que no interfiriera la conciencia. La fe del hombre moderno debe ser compatible con el conoci-miento claro, la lealtad, esa simple higiene mental, el sentido de la dignidad propia y ajena; de lo contrario se vuelve una regresión a una mentalidad anterior a la de nuestra cultura en su forma superior. Sucede con frecuencia a nuestra vista que el escritor (o en términos generales el intelectual) da mues-tras de una ceguera que limita ora con la imbecilidad ora con el engaño. Entonces asistimos a la disgregación de los valo-res universales por la insinceridad consigo mismo y con los de-más. Que esta insinceridad puede ser relegada al subconscien-te y el escritor, abandonándose a ella, creerse perfectamente devoto a una suprema razón de Estado, es sólo más inquietante.

Nunca he soñado desconocer la importancia de la obra literaria de la Resistencia francesa a la cual tantos de mis ca-maradas han dado sus vidas y por la que tantos han sufrido. Esta obra, evidentemente, acusa una preciosa vitalidad. Por eso al leer algunos de sus textos experimento un malestar asfixiante. Que la poesía eleve su voz para flagelar a los verdugos, exaltar el heroísmo de los torturados, guardar orgullosa memoria de los fusilados, es sin ninguna duda una de las mi-siones más humanas de la época presente. Pero que tal poe-sía la firmen a menudo poetas que por otra parte alaban a los verdugos, exaltan a los torturadores, insultan a los fusilados, mienten sobre los sepulcros de otra Resistencia animada por iguales móviles — la defensa del hombre contra la tiranía — nos conduce por una temible alquimia a la negación de todos los valores afirmados aquí. El oro puro resulta sólo un lé-gamo turbio. La conciencia del escritor revélase llena de ne-gros recovecos. La apasionada voz de la canción no es más que la del testigo falso. La cualidad poética de Aragón, por ejemplo, me ha parecido a veces conmovedora y hasta excelen-te; pero ¿cuántos hombres cuya enseñanza él buscara en la URSS. y en la Tercera Internacional queriéndolos o haciendo como si los quisiera, han sufrido torturas y fusilamiento sin lograr conmoverlo? ¿Sin que llegara siquiera a plantearse una elemental pregunta sobre su inocencia o su culpabilidad? ¿Sin haberse interrogado acerca de la siniestra gravedad de las represiones paradójicamente justificadas por el «humanismo re-volucionario»? Aragón escribió en otra época, creo que en 1937, en *Commune*, páginas increíbles sobre los acusados en los

procesos de Moscú. Que hubiesen o no conspirado, esos viejos socialistas merecían cuando menos el respeto humano que un tribunal de vencedores acuerda en Nuremberg a los jefes del nazismo. (Que el respeto a la verdad hubiera salvado a esos hombres es difícil dudarlo sobre todo ahora que los archivos del nazismo están en manos de los aliados. La verificación de ciertas acusaciones fantásticas, es ahora muy fácil. Me atrevo a decir que se ha hecho.) El poeta de la Resistencia francesa fué entre otros amigo de Bruno Jaszinski, ese comunista polaco cuyas novelas publicaba *L'Humanité* («Pego fuego a París», fué uno de sus títulos acertados), y a quien conocí en Moscú tan medrosamente fiel a la «línea general de partido», antes de que acabara sus días en un campo de concentración del Extremo Oriente... Aragón fué también amigo del secretario general de la Asociación de escritores proletarios, el dirigente más oficioso de la literatura soviética, Leopoldo Averbach, fusilado, ¿dónde, cuándo, cómo? Fusilado, por cierto, ya que era sobrino del comisario del pueblo y jefe de la policía política, Iagoda, fusilado asimismo.

El arrimo del escritor al partido dirigente de una gran potencia, que no escatima los fusilamientos, habla en este caso por sí mismo. Pero entonces ¿cómo entender estos versos sobre los traidores, escritos por otro poeta del mismo partido, Paul Eluard?

*Nos han ensalzado los verdugos
Nos han desmenuzado el mal
Nada nos han dicho inocentemente.*

Sí, ¿cómo entenderlos? Comprobamos una desintegración psicológica, comprobamos que el poema, pese a su perfección formal, produce un sonido falso. El lector cree oír la voz de un defensor de la libertad, de un enemigo de los que fusilan a inocentes, y el lector se equivoca. Uno no puede menos que inquietarse. ¿Qué pasa en el alma de tales poetas? Se trata de poetas despojados repentinamente de su claridad. ¿Qué es la verdad?—preguntaba Poncio Pilatos. Millares de hombres formados en la disciplina intelectual del pensamiento científico, responden al parecer: «Es la consigna del Jefe de mi partido...» Pero eso es la muerte de la inteligencia, la muerte de la ética.

En grado menor una cantidad de escritores de la Resistencia no tan nítidamente clasificados, y que fueron víctimas

de una intoxicación del ambiente, merecen la misma crítica. Se diría que sólo descubrieron el aniquilamiento del hombre por la máquina totalitaria después de haberla conocido algunos años. ¿Acaso no la veían en otra parte antes? ¿Ignoraban que lejos de tratarse de un drama nacional, Europa entera, nuestra civilización en conjunto estaba siendo apuñaleada? Se ha hecho caudal bajo buenas plumas del «pensamiento alistado», del «alistamiento para la acción», del «partido por el hombre», de la «literatura responsable», y hasta de la aceptación de la muerte por la causa justa de nuestro tiempo... Pero ¿qué significan exactamente dichas fórmulas? ¿Sólo quieren aplicarlas en el círculo estrecho de un patriotismo ya superado? ¿Pretenden conferir a estas palabras un sentido esotérico en detrimento de su sentido universal? ¿El «pensamiento alistado» aquí se permite y allí se borra con humildad frente al pensamiento dirigido? ¿El «alistamiento para la acción» es legítimo contra una opresión y no contra otra? Sería volver a la mentalidad tribal de milenios pasados. «No matarás» al hombre de tu tribu; pero puedes matar al de la tribu vecina... ¿La «literatura responsable» que preconiza con razón J. P. Sartre, limita su responsabilidad a ciertos y determinados casos históricos, renunciando a otros?, es bueno preguntarlo. La conciencia del escritor no puede eludir esta interrogante sin traicionarse. En ella reside hoy lo que se llama lisa y llanamente la conciencia, es decir, la conciencia de todos los hombres para quienes la vieja magia de las palabras y de las obras vivas que crean las palabras, sigue siendo un medio de iluminar y ennoblecer la vida.



Cuando un escritor quiere actuar políticamente, tiene que entregarse a un partido, y tan pronto lo hace, está perdido como poeta; tiene que decir adiós a su espíritu libre y a su visión imparcial y ponerse sobre las orejas el grosero bonete del odio ciego.

GOETHE.

Es una desgracia que los esfuerzos de la humanidad para recuperar la libertad de que ha estado privada durante tanto tiempo vayan acompañados de violencias, errores y hasta crímenes. Pero mientras lamentamos los medios debemos rogar por el fin.

JEFFERSON.

EL DILEMA DEL ESCRITOR RUSO

«Hablando en general, es más bien difícil ser escritor.»

MIJAIL ZOSTCHENKO *

1

LA PURGA cultural rusa fué acompañada de un torrente de lamentaciones: el arte no sabe reflejar la magnífica realidad soviética, no es capaz de traducir nuestro Mundo Feliz en lenguaje artístico, los personajes de las novelas y de las obras teatrales no son sino sombras esquemáticas. ¿Por qué? La respuesta oficial es sencilla. Los escritores están corrompidos por las ideas burguesas — ¡purguémosles!

Un escritor soviético trató de encontrar otra respuesta a este *por qué*. Lo hizo con mucha cautela, evitando cuidadosamente señalar las raíces del mal, porque a ningún ruso se le consiente la crítica de ningún aspecto negativo del sistema totalitario. Pero tal vez un escritor podría explicar de un modo puramente defensivo, por qué la literatura soviética no puede producir obras de más significación...

Fedor Panferov, el conocido autor de varias novelas sobre la colectivización, escribió en la revista *Oktyabr*¹ un artículo acerca de la crisis de la literatura soviética. Para reflejar la situación recurrió a una parábola:

Había una vez un bosque maravilloso. Pero un día las copas verdes de los árboles se empezaron a secar y a marchitarse. Los guardas sospecharon de los parásitos, sospecharon de los hongos, pero no encontraron ninguno. Por fin alguien se puso a cavar y encontró, a seis pies de profundidad, una capa de cascajo. Las raíces de los árboles no pudieron penetrar esta capa para llegar a las fuentes nutritivas más profundas del suelo.

* Conocido humorista ruso caído en desgracia tras un ataque de Zhdanov en contra de su cuento «La aventura de un mono». (Nota del traductor.)

¹ *Oktyabr*, N.º 5, 1946. El cuento de Panferov aparece en un artículo de V. Alexandrova, en *Sotsyalistichesky Vestnik*, N.º 7-8, 1946.

Y esta es la situación de la literatura rusa. El «cascajo» son los pequeños burócratas que interfieren la creación artística. Panferov describe vívidamente lo que debe soportar un joven autor que quiere publicar su libro. El editor-censor «corta un trozo aquí, otro trozo allí, acá borra algo, allá añade algo de su cosecha», y el pobre autor «está tan avergonzado que no sabe a donde mirar, porque, al fin de cuentas, él será el responsable ante el lector y la crítica.» Así se impone la «línea justa»; la causa de ello es, y Panferov no lo oculta, el temor del editor de ser co-responsable de «desviaciones».

Y esta — dice Panferov — puede ser la razón del por qué la literatura rusa no será capaz de comprender ni de expresar el sentido de la victoriosa Guerra Patriótica. Hubo algo grandioso, algo realmente milagroso en el modo como las masas rusas detuvieron al enemigo en el momento cuando todo parecía perdido. Durante la guerra, Panferov estuvo agregado al ejército. Ha preguntado a los soldados y a los generales: nadie era capaz de comprender el «milagro». Aquí la literatura tiene que ayudar a descubrir «la verdad viviente, la verdad artística». Pero el «cascajo», los pequeños burócratas, conocen todas las respuestas: no ha habido ninguna derrota, sino tan solo una retirada estratégica para agotar a las fuerzas enemigas... Panferov protesta: ¿Cómo podemos olvidarlo? ¿No ha dicho el propio Stalin que el destino del país pende de un hilo?

Otro problema es el de cómo describir al enemigo. El «cascajo» dispone de una fórmula sencilla: el enemigo es un «Kraut», sin alma ni espíritu, cobarde, ignorante del arte de la guerra e incapaz de sentir. Le está prohibido incluso ponerse pálido; en cuanto a enamorarse — casi imposible; en una palabra, es una especie de «espantajo con ojos».

Pero ¿cómo pudo este espantajo entrar en Stalingrado?, pregunta Panferov. Y ¿cómo comprender el heroísmo del Ejército Rojo si no hizo más que recoger y devolver a Alemania tales espantajos? Sabemos que los nazis son unos bellacos. Pero el enemigo era fuerte, inteligente, diestro y empeñado en la lucha. Debemos analizar su fuerza, su psicología; debemos explicar por qué el fascismo tuvo millones de partidarios...

Tamaña herejía no pudo quedar sin respuesta. *Pravda* lanzó un violento ataque contra Panferov². Ante todo, el

² *Pravda*, 24 de Junio, 1946; artículo de O. Kurganov y A. Koloskov.

fascismo ha forzado al «pueblo de Occidente» a servirle de instrumento mediante el terror más brutal y la prédica del odio racial, pero es una falsedad decir que tuviera millones de partidarios. Y ¿qué puede enseñarnos la psicología fuera del hecho de que el enemigo es un cobarde desalmado? ¿No ha dicho Gorki que los fascistas son más sedientos de sangre que las fieras — y por lo tanto más cobardes? Esto resuelve el problema.

En cuanto al «milagro de la victoria», también es muy sencillo: «No sólo los generales, sino incluso los soldados del Ejército Rojo, y todo el mundo, supieron y comprendieron que nuestra gran victoria fué lograda gracias a la fuerza invencible del Sistema Socialista, gracias a la inspiración y la organización del Partido Bolchevique y de su Jefe, el genio militar, Camarada Stalin... Sorprende la frivolidad con que F. Panferov objeta la fiel exposición histórica de que el Ejército Rojo, en el período de la retirada, precisamente agotó las fuerzas del enemigo... y atribuye esta exposición a algún *cascajo*...»

Conocemos las terribles derrotas, las rendiciones y deserciones en masa, y la inaudita desorganización en el primer período de la guerra. Según lo muestra Panferov, tampoco las ignoran los rusos patriotas. El libro de Kravchenko, entre otras muchas fuentes, prueba la falta de preparación de Rusia, a pesar de haber estado preparándose para la guerra durante casi veinte años, con inmensos sacrificios de su población.

Aún aceptando la tesis stalinista de que la victoria fué debida a la superioridad del sistema social soviético, surgiría la pregunta: ¿cómo pudo esta superioridad transformarse a través de los sentimientos, ideas y hazañas del pueblo soviético en el «milagro de la victoria»? Mas está prohibido preguntarlo. Porque no hay ningún problema, ninguna derrota, ni milagro alguno. El genio militar solamente atrajo a los alemanes hacia el Volga para destruirlos, eso es todo. El escritor no tiene para qué buscar ninguna «verdad viviente», tiene simplemente qué aplicar la línea del partido.

Veamos ahora qué es lo que ocurre cuando se trata de seguir la línea. K. Simonov escribió una obra de teatro titulada «Bajo los castaños de Praga». La historia es sencilla: la gue-

rra se terminó, Praga ha sido liberada, el viejo doctor Prochazka quiere trabajar en paz. Pero quedan todavía «fascistas ocultos», y uno de ellos se cuela, disfrazado, en la casa del doctor y finalmente mata a su hijo. La moraleja es también sencilla: cuidate de los enemigos, el que no está de acuerdo con los comunistas es un fascista, o, en el mejor de los casos, su instrumento involuntario. Todo esto está bastante «dentro de la línea», y la crítica tiene que elogiar la obra: «A pesar de sus grandes defectos artísticos, la obra *ayuda a fomentar la educación política del pueblo* (subrayado del crítico) y esta es, bajo cualquier circunstancia, una de las tareas más importantes de nuestro teatro y de nuestra dramaturgia.»³

Y ¿qué hay de malo en ello? Bueno, verá usted, «en general, desde el punto de vista puramente literario, es muy poca cosa, casi un libreto, no un drama...» Aunque el autor intenta probar la validez de la *Weltanschauung* stalinista militante contra las «fallidas» ideas democráticas y humanitarias del viejo doctor checo, no hay ningún «conflicto real de opiniones, puntos de vista, filosofías». Es lo que dice el crítico soviético y no tenemos nada que añadir excepto que sabemos por qué.

Hay otro problema. Por primera vez en la historia, dice nuestro crítico, el pueblo soviético tomó contacto, en masa, con los pueblos de otros países europeos. Los soldados rojos llegaron como hijos «de la Gran Democracia Soviética, como representantes de una civilización sin precedentes, de tipo superior, como la encarnación de nociones completamente nuevas acerca de la vida y del hombre». Pero Simonov — el crítico siente decirlo — no fué capaz de presentar la «superioridad histórica y espiritual del hombre soviético» de un modo convincente. El principal héroe ruso, el oficial Petrov, sólo se caracteriza por su virilidad «no muy espiritual», «militarmente - profesional»; de hecho es inferior a la mayor parte de las personas no-soviéticas que figuran en el reparto, y hasta nuestro crítico se pregunta por qué, después de todo, la muchacha checa se enamora de él. Por supuesto, la muchacha dice que ve en él «al embajador de un mundo nuevo». Pero eso — recalca el artículo — es una declaración del autor que no corresponde a la real personalidad de Petrov en esta obra...

³ La producción dramática en 1945, por M. Guelfand; publicado en *Znamya* (órgano de la Asociación de Escritores Soviéticos), número de julio, 1946.

Así termina una tentativa típica de llevar la línea del partido al arte. El crítico ortodoxo se ve forzado a decir: hay línea, muy bien, pero ¿dónde está el arte?

Una de dos: o tratas de encontrar la verdad, entonces te desvías de la línea. O sigues la línea impuesta, entonces no hay arte. En pocas palabras: no se puede expresar verazmente una mentira.

3

Pero ¿acaso puede uno escaparse al dilema evitando temas relacionados con la historia contemporánea?

A. Gladkov escribió una obra de teatro titulada «La víspera del Año Nuevo». Tres muchachas y tres muchachos soviéticos intentan resolver sus problemas personales y disfrutar un poco de felicidad personal que «no fueron capaces de hallar antes». El crítico no dice *cómo* resuelven sus problemas, la cosa no tiene importancia para él, puesto que el crimen de la traición ya había sido cometido. He aquí la crítica:⁴

«Hay una guerra en marcha. El destino de la Patria y del hombre están en peligro. En Stalingrado, el Ejército Rojo aplasta a la división de Paulus, rodeada y desahuciada, con un círculo de hierro... Sobre este trasfondo se nos muestra a tres llamados hombres soviéticos, y tres llamadas muchachas soviéticas, tratando de lograr, en una sola noche, un poco de felicidad personal. Lo más depravado de la obra es precisamente el presentar la idea de la felicidad personal en contraste y eclipsándola, con la idea del... común destino del Estado, de la nación y del hombre.»

Para empeorar las cosas, hay en la pieza un viejo abuelo sordomudo que anda por ahí preguntando: «Y los periódicos ¿qué dicen?» Nadie le contesta; los jóvenes no quieren oír nada de ello. Quieren escapar, al menos por una noche.

Pero este no es el fin de los horrores. Hay un héroe que quiere que la muchacha le ame en consideración a él mismo. No sólo es el héroe de la obra sino también Héroe de la Unión Soviética y poseedor de muchas condecoraciones militares. Pero quiere que la muchacha le ame por él mismo; así que oculta sus hazañas y esconde sus condecoraciones.

«¿Es necesario todavía probar que ésta es una típica idea pequeño-burguesa, superada tiempo ha en las condiciones so-

⁴ Ibid.

viéticas?» «Estoy seguro — agrega nuestro crítico — que ¡ni un solo verdadero Héroe Soviético, aunque haya leído un montón de malas novelas inglesas, jamás pensaría nada parecido!»

En ese gran país del progreso y de la humanidad parece ser un crimen amar o ser amado por las cualidades personales y las muchachas deben ser más bien accesorios de las medallas.

Como nuestro héroe es ficticio no le puede pasar nada peor que ser llamado «homúnculo» por el crítico, que probablemente reserva el título de verdadero ser humano para los oficiales «viriles», pero «no muy intelectuales» al estilo de Simonov.

En cuanto al autor, la revista dice un poco ominosamente que su obra requiere un «examen político», por ser «objetivamente extranjera». En la jerga soviética contemporánea, «examen político» acentuando la segunda palabra significa algo así como un proceso criminal, y «extranjero» es idéntico a «traidor».

Así, la tentativa de escapar al dilema bien puede terminar en otra tragedia, y parece realmente que no ha quedado ningún escape honorable excepto el de Esiénin y Maiakovski.



Odiarnos el totalitarismo porque sabemos — siempre lo hemos sabido — que el Estado totalitario no es otra cosa que la preparación para la guerra totalitaria. Pero en qué grado desde el punto de vista intelectual — estamos viviendo en un mundo totalitario, donde todo lo grande y lo pequeño se entrelazan, voy a demostrarlo con un ejemplo personal. Un amigo mío suizo, que conoce Rusia, me dijo que el día que las tropas alemanas marchaban a Rusia, mis libros se mencionaban en una emisora de Moscú. Durante dos años, desde la fecha del tratado germano-ruso, no se permitió mencionarme en Rusia. El artículo referente a mis obras probablemente había sido preparado hacia ya tiempo; pero mientras el tratado seguía en vigor no podía emplearse. Cuando se rompió el tratado, rápidamente se desenterró el artículo.

THOMAS MANN.

LA NUEVA INQUISICION

SE PUBLICA en Moscú una revista satírica con el nombre de *Krokodil* (probablemente por referencia a una historia humorística nada menos que de Dostoievski), y en ella apareció hace poco este chiste:

—¿Qué te parece el canto de ese ruiseñor?—le pregunta un amigo a otro en el curso de un paseo por el parque.

—No puedo darte mi opinión—le responde el otro—mientras no sepa quién es el autor de la melodía.

La alusión se refiere naturalmente a la última purga oficial de compositores rusos, en que se vió envuelto hasta Schostakovich. ¿Querría decir eso que el humorista está mejor protegido que el músico contra la censura? Probablemente nó, o mejor dicho, no existe en Rusia la censura a la manera occidental. Sabemos por ejemplo que en las asambleas políticas de los Soviets suelen producirse diferencias personales y polémicas violentísimas. Otro tanto ocurre entre ciertos colaboradores de periódico. Por lo demás, y afortunadamente, sería absurdo pensar que el contralor de un gobierno, así fuese el más absolutista y poderoso del mundo, pudiese llegar como Dios a percibir cuanto se dice y se piensa en una nación entera día a día y año tras año. Lo que ocurre es que, en Moscú como en Roma, el dogma se limita a ciertas materias fundamentales y la infalibilidad habla por una sola boca, dejando siempre un margen elástico al oportunismo de detalle.

El individuo audaz o de fino talento puede maniobrar, pues, dentro de ese margen, dando la ilusión casi perfecta de la libertad, pero nunca por mucho tiempo. Tarde o temprano un brusco viraje por parte del hombre o el grupo que maneja el timón, vendrá a dejar en descubierto al imprudente. Esa libertad relativa de discutir problemas, proponer reformas o criticar procedimientos no podía dejar de existir ni en Rusia ni en ninguna parte, puesto que ello sirve el propósito de una válvula de escape en una sociedad donde la presión política es peligrosamente alta. Ejercitar ese mínimo de libertad es un juego peligroso, pero por eso mismo picante y tentador. Así cuando uno cae en culpa, le vemos manifestarse a menudo no

sólo contrito, sino en apariencia gozoso de confesar su falta y prometer la enmienda. Exactamente como un buen devoto de Roma amenazado de excomunión.

En la vieja Rusia las cosas pasaban en forma muy semejante. Un joven nihilista era sorprendido por la policía secreta (que conocía su juego desde el comienzo y se daba el placer de dejar madurar la culpa como cualquier otro fruto prohibido) y se dejaba conducir dócilmente a Siberia, con paso tan vivo y ojos tan brillantes como un príncipe real en el acto de la coronación. Apenas de tarde en tarde el Santo Sínodo daba de bruces contra una verdadera montaña, como León Tolstoi, y entonces había que apelar al propio Zar para que protegiera al artista contra el policía o el teólogo. Al autor de *La Guerra y la Paz* y de *Ana Karénina* le acorazaba su genio; ahora no hay gigantes en Rusia, ni puede esperarse que vuelva a haberlos mientras la creación artística esté amenazada por la podadera de funcionarios ignorantes y serviles. Y lo que ocurre en Rusia ocurrirá en cualquier otra parte donde la libertad de la creación artística tropiece en la malla férrea de un Estado policíaco. «La política del comunismo stalinista, dice Jean-Paul Sartre, el fundador del Existencialismo, es incompatible con la aplicación honrada de la profesión literaria.»

Y otro hombre del oficio, Alejandro Rasumovsky, detalla en la *Partisan Review* lo que significa la purga literaria iniciada en 1946 y que continúa todavía en Rusia. El Index soviético declaró remisos o francamente herejes a seis grupos de intelectuales. 1) Los que habían caído bajo la influencia de la cultura occidental; 2) los que se dedicaban a satirizar a la administración pública, o sea a la burocracia; 3) los que en la poesía practicaban el ideal del arte por el arte, o la lírica pura; 4) los que teñían su obra con los colores pesimistas; 5) los que reclaman más libertades; 6) los que predicaban un nacionalismo regional, sea en la Ucrania o en las repúblicas siberianas. En el primer grupo figuran novelistas o periodistas como Slavín, que se deja influenciar por escritores del tipo de Somerset Maugham. Entre los del segundo grupo, la acusación recae principalmente sobre el humorista satírico Zostchenko, vapuleador de filisteos y oficinistas. Esto le costó su expulsión de la Unión de Escritores Soviéticos. Lo que probablemente equivale a ponerlo a pan y agua.

Los poetas Ana Ajmatova y Pasternak están entre los acusados de acogerse a la torre de marfil de la poesía pura. Incidentalmente, la Ajmatova es uno de los pocos autores

que no ha escrito una línea de homenaje a Stalin. Ambos fueron asimismo expulsados de la Sociedad de Escritores.

El diario «Pravda» (*L'Observatore Romano* de Moscú) declara que la culpa capital de esta generación literaria es el derrotismo, o el mero pesimismo. Algunos corresponsales rusos que visitaron Austria, Alemania y Francia y volvieron asombrados de la intensidad de la vida cultural y social que comenzaba en esos países, han caído también en pecado de leso patriotismo. Pero, pensamos nosotros, el fomentar un optimismo artificial con el consiguiente temor a la crítica, ¿no es una confesión de debilidad y en cierto modo de culpa? Peor todavía, la dictadura integral no se contenta con desalentar al individuo de criterio independiente, sino que pide la adhesión y el adulo, poniendo a premio la hipocresía y la mediocridad. Escritores como Simonov, Fadiev, Gorbátov, Vishnievsky, Komaichuk y demás representan esa mediocridad discreta que se aviene a publicar sus escritos con «licencia del Ordinario» stalinista. Por hoy disfrutan del favor oficial y de las tiradas suculentas de las editoriales del Gobierno. Pero, ¿lo tendrán mañana? En todo caso, su apego a la «línea política» del arte priva a su obra del tono vital de la obra individualizada y libre, y al hacerlos buenos propagandistas los disminuye en igual medida como escritores. Resultan así desprovistos de originalidad, de personalidad y de distinción. Algunos de entre ellos, menos dóciles a la fórmula autorizada, se esquivan buscando satisfacción en un escapismo romántico, y siguen las huellas del viejo Alejo Tolstoi, el autor de *Iván el Terrible*, en el terreno de la novela histórica y legendaria.

* * *

Por mi parte, sin dejar de reconocer que Rusia está abocada a uno de los períodos más críticos de su historia, y sin desconocer tampoco que en el resto del mundo la presión económica y social suele hacer ilusorias muchas libertades individuales, inclusive la de pensamiento, no puedo dejar de ver la diferencia decisiva que nos presenta el mundo actual en cuanto toca a las prerrogativas morales e intelectuales del individuo. El escritor se sentirá menos mal allí donde pueda realizar más libremente ese doble juego de su espíritu que consiste en escoger, en aceptar o rechazar sus alimentos intelectuales. Esa facultad moral es tan preciosa para él como la doble

función de aspirar y espirar. Y, después de todo, qué absurda y qué fútil no es esa nueva Inquisición, puesto que no se puede atajar la palabra ni cerrar todas las bocas todo el tiempo. O, desde otro punto de vista, se podrá impedir temporalmente que se escriba esto o lo otro, pero ni el tirano más poderoso del mundo llegará a lograr jamás que se escriban obras maestras.

★

Creo que es conveniente dejar a cada espíritu la libertad de interpretar los grandes textos [marxistas] a su manera. En caso de que saque de ellos una lección distinta de la corriente, de la oficial, diré, puede que después de todo tenga razón, o aun estando equivocado, su mismo error sea más provechoso que la ciega sumisión al punto de vista admitido. El fin de la cultura es la emancipación del espíritu y no su esclavitud.

ANDRÉ GIDE.

CULTURA BUROCRÁTICA

AFIRMA Sir John Maynard*: «Nada es más notable en la historia del movimiento revolucionario del siglo decimonono que el gran acopio de ideas atentatorias contra el orden existente que logró poner en circulación. Nada ilustra mejor comparativamente la eficacia del régimen actual que el éxito con que las doctrinas subversivas, tan diferentes de la simple crítica del método y la minucia, son escamoteadas a los ojos del público.»

No se trata, con todo, sólo o principalmente de un asunto de eficiencia en la represión. La represión implica una coerción desde afuera, lo que a su vez implica una manifiesta resistencia. Pero desde 1928 se ha desarrollado en Rusia una forma de autoritarismo mucho más sutil: una especie de «autocensura» que convierte la vieja policía política del Zar o de Metternich en una... antigualla. Porque a pesar de todo, el reinado de treinta años de Nicolás I vióse iluminado por el resplandor de un movimiento literario e intelectual que produjo figuras como las de Púschkin, Gógol, Lérmontov, Herzen, Bielinski, Tchadayev, Granovski y Bakúnin. En cambio, veinte años de régimen staliniano han reducido el pensamiento y la literatura de Rusia a un nivel balcánico. No se trata de «ocultar al público doctrinas subversivas». A juzgar por lo que uno puede captar, tales doctrinas— y en la Rusia de los soviets son subversivas, *ipso facto*, todas las doctrinas que se apartan de la línea oficial— no se producen de ningún modo. La «censura íntima» o autocensura las suprime.

Bajo el zarismo del siglo pasado la *intelligentsia* estaba a la ofensiva; sabía de su parte al pueblo, la razón y la justicia. Los funcionarios del Estado estaban a la defensiva, se sentían culpables, ridículos y profundamente despreciados. No creían en la justicia ni en la racionalidad del sistema que defendían. De ahí el trato moderado que recibía la oposición política. (Vera Zazúlich, que atentó contra el gobernador de Moscú, compareció ante un tribunal público regular y fué sobreseída en medio del regocijo general.) De ahí también que la revista

* *Russia in Flux*. Macmillan, 1948, 564 pp.

Kolokol del emigrado Herzen, circulara en millares de copias por toda Rusia y que la leyeran los más altos funcionarios del régimen, incluso el mismo Zar.

Hoy la situación es justamente opuesta: son los artistas y escritores los que están a la defensiva, los que se sienten absurdos y culpables y son los burócratas los que toman la ofensiva porque se sienten asistidos por la razón (el materialismo histórico), la justicia y el pueblo. Ahí donde Bielinski criticaba el gobierno policíaco zarista, un Eisenstein o un Schostakovich confiesan... su propio fracaso para someterse completamente a la autoridad policial de Stalin. Los opresores tienen la conciencia tranquila; sus víctimas están avergonzadas.

En todos los años que la burocracia soviética ha estado dando órdenes a los escritores, músicos, cineastas, filósofos y artistas rusos, no se ha producido un solo caso de abierta resistencia. De igual modo, durante los procesos de Moscú ni uno solo de los acusados encontró suficiente valor moral— o mejor dicho la imprescindible conciencia—para pronunciarse contra el régimen que lo estaba enlodando. Ni siquiera el valeroso Rakovsky, cuya conducta tanto sorprendió a Trotsky, ni siquiera Muralov, el intrépido comandante de la guerra civil. En la Alemania nazi, ya en guerra, Ernst Juenger pudo escribir y publicar *Auf den Marmorklippen*, una sátira apenas disfrazada del nazismo. No ha sucedido tal cosa, ni puede concebirse, en Rusia. Algo nuevo en el camino del autoritarismo se ha desarrollado aquí, algo nuevo en el mundo moderno por lo menos.

La novedad surge del hecho de que el grupo de Stalin fué capaz de acabar con *toda* oposición. En la Rusia del siglo XIX la burocracia zarista tenía que habérselas con la nueva burguesía y la vieja aristocracia terrateniente. El «noble arrepentido» era una figura familiar desde la época de los Decembristas pasando por Bakúnin, Herzen, el conde Tolstoi y el príncipe Kropótkin.

Lo que ha sucedido en Rusia puede reseñarse a grandes rasgos del siguiente modo: 1.º La revolución de 1917 elimina a la vieja aristocracia y al capitalismo privado; pero alrededor de 1928 Stalin tiene ya eliminado igualmente al único grupo adversario: la oposición trotskista. La poderosa burocracia organizada controla todas las palancas del poder económico social y político y sólo tiene que hacer frente a una masa deshecha, indiferente y servil. 2.º El sistema para tratar a esa masa es el viejo método del terror policíaco, además de un

par de recursos de que carecía el antiguo poder estatal. a) Una efectiva propaganda demagógica que recurre al *pathos* de la revolución de 1917 y a la gran tradición del socialismo marxista para persuadir a la masa que ella es la que gobierna y la única beneficiaria de la primera sociedad socialista de la historia. b) La oportunidad que ofrece a los miembros más enérgicos y duros de esa masa sometida para elevarse hasta la misma burocracia, esa carrera abierta al talento, esa libre «circulación de la élite», según Pareto.

Lo que ha sucedido en verdad es que aquella cultura aristocrática en la que se inspiraron Herzen, Tchadayev y Puschkin, tomando sus normas artísticas y éticas, ha sido reemplazada por la cultura «oficial» que carece de toda norma, gusto, razón y decencia, pues lo reduce todo a un cinismo «práctico» y a la mediocridad del hombre de la calle exaltado a la cima del poder absoluto. Es como si se impusiera por la fuerza el gusto de Hollywood a toda la producción artística e intelectual de los Estados Unidos. Puesto que el coronel-general Zhdanov y el comité central del P. C. representan la integridad intelectual mejor que Zostchenko, Prokoffiev o Eisenstein, lo mismo que Louis B. Mayer y el comité nacional ejecutivo de la A. F. L. la representan mejor que, digamos, William Faulkner o Alfred North Whitehead, éstos últimos carecen de una base social o cultural en que apoyarse para la lucha y por tanto se sienten tan culpables y despreciables como los viejos bolcheviques en los Procesos de Moscú.

Las principales características de esta especie de cultura «oficial» son alta cantidad y baja calidad, además de interferencia burocrática en los menores detalles de la creación artística. Por ahí asume dicha interferencia la forma de «purgas» periódicas. La última de ellas, que lleva ya casi dos años de duración, representa un enorme adelanto sobre la de los años 1936 - 37 en cuanto a las pretensiones burocráticas atañe. En la primera fueron periodistas y críticos los que iniciaron la purga y establecieron una línea de conducta (ordenada por supuesto en las alturas); ahora es el coronel-general Zhdanov [que acaba de morir súbitamente] quien inicia personalmente la danza con un discurso de una hora a los escritores de Leningrado. (Véase su texto en *Politics*, Oct. 1946) *Entonces* fué el crítico musical de *Pravda* quien llamó al orden a los compositores, ahora es el Comité central del P. C. el que dicta el decreto acerca de algunas cuestiones técnicas de teoría musical. La más influyente revista literaria rusa de hoy es *Vida*

y *Cultura*, fundada recientemente por el propio Comité Central para «fomentar la crítica de las deficiencias en el trabajo ideológico». Después del discurso de Zhdanov el Comité promovió asimismo la fundación de un nuevo órgano filosófico: *Temas de Filosofía*, que lleva el siguiente acápite a modo de mástil: «Dominar la teoría marxista-leninista significa saber cómo desarrollarla y mejorarla.—Stalin». Así la lógica de la cultura burocrática llega a su climax mucho más allá de la censura zarista, hacia el control directo, y por un organismo puramente político, el comité central del P. C., de la forma estética y de su contenido. Es el nacimiento de una nueva cultura o mejor dicho de una anticultura, en la que el coronel-general Zhdanov ha oficiado de crítico literario más influyente y el mariscal Stalin de filósofo más importante. Esto, creo, es algo nuevo en el mundo.



DICCIONARIO FILOSÓFICO MARXISTA, por M. Rosenthal y P. Iudin. Ediciones Pueblos Unidos. Montevideo. Imprenta Letras. S. A. 318 págs.

Traducido de la segunda edición rusa de 1940 refleja lo que podríamos llamar el punto de vista oficial en los problemas que trata. En concordancia con lo antedicho, dedica una página a Spinoza, una a Kant, tres a Marx, cuatro a Lenin y cinco a Stalin.

De una notícula de la revista «Biblos» de Buenos Aires, Enero de 1947.

Luis Franco

MADRE REVOLUCION

SOY el sepulturero de todo lo insepulto
y el que barre las hojas secas.
Quien escucha mi risa remoja veinte años...
Vida en menguante, alerta.

He aquí mi fe que enciende las cenizas e inventa
con dulzuras podridas los agraces más tónicos.
Saludo al Movimiento, el dios que permanece,
y a la Metamorfosis, madrina del retorno.
Se necesitan labios puros
para lo aún no dicho;
manos sin mancha para recoger
los misterios que entreabren su corola sin ruido.
(Destilada en la noche largamente,
mi ciencia amanece con el rocío.)

Lo permanente es sal de cada día.
Lo distante es la lupa de lo cercano oscuro.
El más allá, el más allá
cae dentro de la carne y del mundo.

Da el corazón de lo que alienta
sus latidos nupciales.
La vida siempre está de vuelta.
¿Quién se atreve a mirarla
con un mirar sin nieblas ni recelos?
Su sonrisa es sagrada, la sola que libera,
ay, de la sombra de los muertos.

Presiento ojos y voces más vírgenes que perlas,
para ver y nombrar las cosas de mañana,
y conceptos tan ágiles
que a su zaga los sabios de hoy morirán de asma.

BABEL

Los motores manejan mil caballos de fuerza;
bisbisó yo y me escucha la otra orilla del mar...
Y aun eso ha de volverse novedad de arqueólogos
y el que un avión de guerra lleve cunas en paz.
He aquí que visiones

y sentimientos nuevos
izarán otro clima,
creando hábitos tan frescos
que algún día, de juro,
conseguirán al fin reconciliar al hombre
con la frescura creatriz del mundo.

Cerradas esas tumbas abiertas de los templos,
el cadáver de nuestro Usurpador
no enviará ya nuestro cielo.
Un nuevo buen sentido,
una cordura mucho más joven y sin miedo,
jubilará los viejos y enfermizos delirios.

Profesores de frentes ciliciadas,
agricultores de sepulcros,
sacerdotes de pesadillas
mundanos corredores de ultramundos:
anoticiáos que los dioses
son los sietemesinos
de aquel cuyo único hijo se llama hombre:
el que sabrá ganar la delantera
al Azar para guiarlo;
el que inyectará a la misma
Necesidad el pulso humano.

Saludo a criaturas que no conozco aún,
pero que un día acaso me nombrarán con gracia;
anuncio el próximo rescate
del hasta hoy monstruoso destino de las manos humanas.
Oh, ciencia, ya con más corazón que la música.
Oh, bondad, más sutil que las fragancias.

AVENTURAS DE ILYA EHRENBURG

«MI VIDA es como un acto de vaudeville con muchos cambios de vestimenta; pero no soy un cualquiera. Sólo trato de ser obediente.»

«No creo en nada absolutamente. No es culpa mía; pero así estoy hecho. Mi espinazo es tan curvo que nada puede enderezarlo.»

«Soy uno que se ha dado vuelta la chaqueta, un timador despreciable y en conjunto un tipo indecente con ojos idealistas y soñadores.»

Estas son algunas apreciaciones que Ilya Ehrenburg hace de sí mismo en sus libros. Por cierto que no cree todo esto: pero sí una parte a lo menos. En sus novelas está en constante lucha consigo mismo, matando a los personajes que representan su ego. No es preciso recurrir a Freud para darse cuenta que esta especie de autocastigo espiritual refleja casi siempre un sentimiento de culpabilidad.

Ilya Ehrenburg es más conocido ahora como el periodista soviético número uno. Pero Ehrenburg es más que eso. Durante mucho tiempo fué uno de los más brillantes novelistas rusos. Pero sus novelas más recientes interesan principalmente como prueba positiva del efecto del totalitarismo en el arte creador. Ehrenburg renunció a su libertad como artista. Hoy sus novelas apenas pueden considerarse como literatura.

Ehrenburg escribió en una ocasión que hay dos maneras de atravesar una valla: saltando por encima de ella o arrastrándose por debajo de ella. El acabó por arrastrarse; pero es justo reconocer que alguna vez intentó también saltarla.

Ilya Ehrenburg nació en Moscú en 1891. Su padre era ingeniero y hombre de negocios. Su abuelo, uno de los magnates del azúcar en Ucrania. Cuando acaeció la revolución de 1905 Ilya tenía catorce años. Tres partidos revolucionarios trabajaban entonces en Rusia: los bolcheviques, los mencheviques y los social-revolucionarios. Cada uno de estos partidos contaba con círculos ilegales en los colegios. Ehren-

burg se unió al grupo bolchevique probablemente porque era el más numeroso en el colegio.

Estos círculos reuníanse en casas particulares. Su libro fundamental era la Economía Política de Bogdánov; de ahí pasaban a Marx. Después de leer un capítulo o dos del *Capital* un estudiante autorizado lo explicaba al grupo. Los grupos comprendían muchachos y muchachas; los primeros sólo conseguían impresionar a las últimas mediante resúmenes muy bien hechos de sus lecturas. Aquéllos eran tiempos de entusiasmo.

A los dieciseis años Ilya fué expulsado del Colegio por actividades revolucionarias con una de esas tarjetas llamadas «lobunas» que impedían la entrada en otro colegio. Pero el padre de Ilya consiguió hacer retirar esa tarjeta y así pudo Ilya continuar su educación.

A los diecisiete años Ilya concurría regularmente a los mítines obreros. En esa época era conocido en los círculos del partido como «Ilya el melenudo» por el largo pelo negro que le caía sobre la frente durante sus acalorados discursos. Noticias de esos discursos llegaron muy pronto a oídos de la policía. Ilya fué arrestado y pasó más de un año en la cárcel antes de que se le concediera la libertad bajo fianza. Su padre pagó esa fianza, pero con la condición de que Ilya abandonara inmediatamente el país. Ilya aceptó dicho término y así pudo salir ilegalmente hacia Francia.

En París los compañeros de partido recibieron a Ilya con los brazos abiertos. Pero la prisión afecta a cada hombre de modo distinto. A algunos los refuerza en su fe, a otros desmoraliza. Ilya no se desmoralizó exactamente; pero sí se sintió desilusionado y fué perdiendo el gusto por la política. Durante algún tiempo asistía a los mítines bolcheviques que se realizaban en una sala detrás del viejo café del Panteón en el boulevard Saint Michel; pero pronto abandonó del todo la política.

Esto, naturalmente, agradó mucho a su familia; pero su regocijo era prematuro. Un nuevo golpe hirió a los Ehrenburg. Amigos familiares de París informaron al padre que Ilya había decidido entrar en un monasterio.

Los héroes y heroínas de las novelas europeas del siglo decimonono a menudo entraban en los conventos o monasterios como una manera de escapar a sus sufrimientos, no encontrando ninguna dificultad para hacerlo. Pero en realidad la cosa

no era tan fácil. Los monasterios franceses acostumbraban cobrar por adelantado una crecida suma de dinero a los novicios. Además, Ehrenburg era judío, y sin el consentimiento de su familia no podría hacer frente a una conversión formal. Por último, tuvo que abandonar esa idea, y su padre, al conocer su decisión, volvió a remitirle su mesada regularmente.

Pero Ilya no abandonó el cristianismo. En los años que siguieron se movió en dos mundos diferentes. Uno era el mundo del catolicismo y de sus frailes — especialmente jesuitas — con frecuencia hombres bien dotados intelectualmente. Ehrenburg discutía con ellos de religión en largas sesiones nocturnas y de día estudiaba entusiastamente temas religiosos y la historia del catolicismo en la Biblioteca Nacional.

El otro mundo de Ehrenburg lo constituían los pequeños cafés a lo largo del Boulevard Saint Michel. Ahora eludía cuidadosamente el café *Pantheon*, donde reunía el grupo de los marxistas rusos y comenzaba a frecuentar *La Source*, otro café a pocas cuadras del Boulevard, donde alternaban jóvenes pintores y poetas. La estrella ascendente entre los pintores era Diego Rivera, cuya fama no había traspasado aún los confines del Boul' Mich. Ehrenburg se hizo su íntimo amigo y admirador. Diego Rivera lo incitó a pintar. Las pinturas de Ehrenburg no eran malas; pero no podían compararse a las del mejicano. Este, que entonces era cubista, hizo un retrato demasiado heterodoxo de Ehrenburg a quien no le gustó del todo; largas discusiones en torno al cubismo rompieron la amistad con Diego Rivera y llevaron a Ehrenburg al rincón de los poetas en el mismo café *La Source*. Poco después empezó a dedicarse a la poesía.

A principios de 1914 Ehrenburg publicó su primer libro, *Versos a la Virgen*, un tomito saturado de fervor religioso. Los poemas eran de valor desigual, a veces rayaban a gran altura, a veces caían muy bajo; pero todos expresaban la misma cosa: una profunda identificación con el catolicismo.

Cuando estalló la primera guerra mundial, Ehrenburg obtuvo la corresponsalía de un diario de Petrogrado (hoy Leningrado). Era un diario ligeramente liberal, muy patriótico y algo amarillo. Las correspondencias de Ehrenburg se deslizaban por la pendiente del nacionalismo y aun del chauvinismo. Fueron sus primeros pasos en el periodismo. Todo lo que puede decirse al respecto es que no favorecieron su estatura como escritor. Lo sabía él mismo y no lo hacía feliz. Su chauvinismo era un nuevo esfuerzo para encontrar un hogar

espiritual; mas era demasiado crudo y demasiado esquemático para sonar como verdadero.

La Revolución Rusa ofrecía una oportunidad diferente. En 1917, Ehrenburg acordó de su pasado revolucionario con la esperanza de hallar al fin su alma perdida. Se hizo el propósito de regresar inmediatamente a Rusia para dedicarse de todo corazón al movimiento en ascenso.

No era tampoco fácil conseguirlo porque no existían comunicaciones con Rusia, pues la guerra todavía bramaba en todos los frentes. Pero había oído del famoso tren sellado en que el Estado Mayor germánico había permitido a Lenin y a otros revolucionarios cruzar el Reich de regreso a Rusia. Habitualmente solo se menciona un tren así. Actualmente son cinco o seis. Ehrenburg no pudo embarcarse en ninguno de ellos. Sus lazos con los bolcheviques se habían roto hacía mucho tiempo y sus artículos en el diario de Petrogrado, para no mencionar sus incidentales excursiones al catolicismo, habían alejado más aun de su lado a sus antiguos amigos. Los hombres a quienes recurría Ehrenburg encogieron de hombros sencillamente.

Entonces se volvió a Lenin. Lenin no conocía o no recordaba el nombre de Ehrenburg, pero sí al «melenudo Ilya», de quien había oído hablar años atrás. Lenin gustaba citar un viejo proverbio ruso que dice: en una familia numerosa puede ser útil hasta un pedacito de cáñamo. Y vaya si lo sería en una revolución. Con ayuda de Lenin consiguió, pues, Ehrenburg un lugarcito en los vagones precintados que partían de Zurich a Rusia.

Pocos meses después los bolcheviques tomaban las riendas del poder derrocando al gobierno de Kerensky.

Ehrenburg pasó casi cuatro años en Rusia interviniendo activamente en el proceso revolucionario; pero hacia 1921 era ya un encarnizado adversario del régimen bolchevique. Se fué a Berlín, centro entonces de los emigrados rusos y allí participó en el trabajo de los desafectos.

Ya mientras estaba en Rusia había publicado un nuevo volumen de versos, *Ruego por Rusia*, que interesó mucho a los generales blancos, que hicieron reimprimir algunos poemas en el diario de su ejército.

Los jefes del movimiento antisoviético se desengañaron muy pronto de Ehrenburg. Este sólo insistía en atacar a los bolcheviques porque habían destruído antiguas iglesias rusas

y otras reliquias históricas, sin tomar una clara posición política. Cuando se le presionó para que se definiera, dijo que estaba escribiendo una novela. Esa novela, *Las extraordinarias aventuras de Julio Jurenito y sus discípulos*, apareció un año más tarde e hizo famoso a su autor casi de golpe en todo el mundo. Se tradujo a muchos idiomas, incluso el castellano.

Las extraordinarias aventuras de Julio Jurenito, novela satírica, esta dirigida por igual contra el socialismo que contra el capitalismo. Su protagonista, de nacionalidad mejicana, es una figura alegórica, una especie de Mefistófeles que quiere acabar con todo el mundo, sin excluir a Rusia, y su sistema seudo socialista. Ehrenburg hace decir a Jurenito a propósito de ese sistema, que sus grandilocuentes consignas solo consiguen transformar a los seres humanos en autómatas incapaces de pensar por sí mismo. Cuando es arrestado en Rusia por la Cheka (ahora G. P. U.—N. K. V. D.) Jurenito se dirige así a sus comisarios: «Tenéis una gran misión en la tierra. Debéis convencer al pueblo que los grillos con que los aherrojáis son en realidad los brazos amantes de una madre.» Y antes de morir justamente, Jurenito — haciéndose eco por cierto de los propios pensamientos del autor — envía «su último beso a todos los hermanos que carecen de programa y de principios, que están desnudos y olvidados y sólo aman el ulular del viento y la aventura.»

Ehrenburg publicó este libro en Berlín; pero muy pronto se reimprimió en Rusia donde alcanzó varias ediciones. Tal cosa era aun posible en aquellos días. Por la misma época, se publicó en Moscú, a pedido de Lenin, una crítica todavía más incisiva del régimen soviético: el famoso libro de Arcadio Averchenko. *Doce puñaladas en la espalda de la revolución*.

Mientras tanto, Ehrenburg se fué a París y empezó a escribir más novelas, una tras otra, con asombrosa rapidez. La mayor parte de su trabajo lo hacía en el café de la *Rotonda*, en el Boulevard Montparnasse y cuando dicho café fué modernizado, en 1926, se trasladó al del frente, llamado de la Cúpula. Este café, abierto día y noche, no cerraba nunca. A las cuatro de la madrugada se hacía su limpieza, entonces se rogaba a los parroquianos que se pasaran a las mesas del otro lado para volver más tarde a los sitios que ocupaban antes. Ehrenburg era tal vez el testigo más constante de tal ceremonia. Cientos de personas conocían su figura encorvada, de brazos largos, casi simiescos. Permanecía hora tras hora escribiendo y fumando su pipa; pero no le importaban las inte-

rrupciones. Era un conversador brillante y divertido, aunque por entonces bastante cínico. Charlando con sus amigos se esforzaba en demostrar que no creía en nada, ni siquiera en Dios. Había dejado definitivamente atrás el período religioso de su vida. En vez de la fe ahora cultivaba el odio; odiaba especialmente a los llamados grandes hombres a quienes consideraba responsables de todas las calamidades de la humanidad. Una vez, allá por 1926, un escritor francés llegó al Café de la Cúpula después de una conferencia sobre Mme. Curie-Sklodovska, la descubridora del radio. Cuando dijo, refiriéndose a ella, que era por cierto una gran mujer que había dedicado su vida al bien de la humanidad, Ehrenburg se mofó: «Espere unos años y verá a otro grande hombre hacer las más poderosas bombas del mundo con el radio descubierto por ella.»

Cuando los nazis tomaron el poder en 1933, quemaron públicamente todos los libros que no aprobaban. Los rusos no quemaron los libros; pero después de los Procesos de Moscú la mayor parte de los libros publicados durante la revolución desaparecieron. Nadie sabe qué se hizo de ellos.

Entre los libros que desaparecieron figuran muchas de las novelas de Ehrenburg. Al publicarlas, Ehrenburg fué a menudo criticado en la prensa soviética muy severamente; pero encontraron muchos lectores y sin duda influenciaron a no pocos jóvenes escritores rusos en el período comprendido entre las dos guerras mundiales. Actualmente casi no es posible hallar ejemplares de las primeras novelas de Ehrenburg en Rusia. Uno de los motivos de tal ausencia es que los nombres de Trotsky, Bujárin y otros jefes bolcheviques de la primera época figuran a menudo en ellos. («Habla como Trotsky, dice uno de los personajes de Ehrenburg, cada frase contiene una idea.») Pero hay otra razón más fundamental. Ehrenburg es un artista serio y consciente; sus caracteres, comunistas o no, están bien trazados y son verdaderas creaciones artísticas. Lo que no quiere decir tan sólo que el lector podía «reconocerlos» e identificarse con ellos; cualquier escritor de segunda categoría, pero técnicamente hábil, puede hacer un cuento o una novela «convinciente». Ehrenburg encarna en sus protagonistas llenos de sentido el auténtico problema psicológico y moral del levantamiento revolucionario y como la Revolución rusa cristalizó en un molde totalitario, la clara visión artística de Ehrenburg se ha convertido en un peligro. Lo

que ahora se necesita es un arte más simple que desconozca las complicaciones y alternativas de una hora más fluída.

En *Una callejuela de Moscú*, otra de las novelas de Ehrenburg, un tal Pankratov, *nouveau riche* de la Revolución, le dice a un amigo indicándole a un policía del Soviet: «Este policía no defiende más al proletariado, ni a la revolución internacional, ni a nada que se le parezca. Está ahí en la calle para defenderme a mí y a mi dinero.» Ehrenburg escribió esta novela cuando el *parvenu* burocrático era escaso relativamente dentro de la Unión Soviética; pero ya entonces, al comienzo mismo de un período que terminaría formando una nueva clase gobernante, Ehrenburg vió el peligro.

La buena literatura precede a la vida. Muchos de los héroes novelescos de Ehrenburg viven hoy encarnados en Rusia y podemos rastrear sus orígenes en la obra de Ehrenburg. Ahí están, por ejemplo, Nicolás Kurbov de *Vida y muerte* del héroe de igual nombre, que ha perdido toda fe; Mijail Lykof de *El Aprovechador*; el comunista Yur de *Verano, 1925*, y muchos otros. Carentes de fe, de entusiasmo, sin ningún punto de apoyo, se convirtieron en ciegos funcionarios, a quienes no impulsa ya una idea sino un «sistema» que apenas tiene conexión con el espíritu revolucionario que los agitó en su juventud. ¿Qué extraño, pues, que la burocracia intentara suprimir la obra de un artista que así pintaba el mecanismo interno de su desenvolvimiento? Lo sorprendente es que terminara el artista mismo por unirse a ella.

Tal vez la novela más típica entre las primeras de Ehrenburg sea *La extraordinaria vida de Lasik Roitschwanz*. Lasik, sastre judío de una pequeña ciudad, es un hombre cogido por la Revolución, pero a la que no pertenece. Mientras el mundo se agita, Lasik medita en los problemas teóricos de la tradición hebraica. (Ehrenburg no hubiera podido escribir este libro sin el conocimiento del Talmud a una edad temprana.) Arrestado en Moscú por una supuesta violación de la ley, Lasik permanece indiferente a lo que puede sucederle y un problema que le viene de pronto a la mente absorbe por completo su atención; si dos judíos encuentran un taled en la calle ¿a cuál de los dos pertenece? ¿Al que lo vió primero o al que lo recogió? En otras palabras, ¿qué es más importante: el ojo o la mano? En una circunstancia igualmente grave, Lasik medita si un judío piadoso puede o no comer un huevo puesto el sábado.

Estas meditaciones son para Lasik una forma de huída, un ardid para ignorar aquello que escapa a su control. «La felicidad, dice, es una palabra encontrada en un viejo diccionario que ya no existe. Uno puede, desde luego, cambiar de nombre como tantos y llamarse, Espartaco, Rosa Luxemburgsky o Apolo Entusiastof, pero de ¿qué sirve eso? Cuando la historia anda por las calles, todo lo que puede hacer el hombre común es morir con una mirada de éxtasis...»

Sólo después de haber escrito esta historia, Ehrenburg empezó a ver claro. Los franceses dicen que hay dos clases de matrimonio: el de amor y el de conveniencia. El de Ehrenburg con el Kremlin es un matrimonio de conveniencia. Los gobernantes de Rusia querían a Ehrenburg porque era un escritor famoso, no sólo en Rusia sino también en Alemania, Francia y demás países europeos. Por su parte, Ehrenburg tenía también importantes motivos para hacer la paz con las autoridades soviéticas. La falta de un convenio literario permite aún al gobierno de los Soviets publicar obras de autores que viven en el extranjero sin pagarles sus derechos. Sólo aquellos que son afectos al régimen reciben su aguinaldo de Moscú. Tampoco es imposible que después de todo la poderosa Rusia de Stalin, patriotera e imperialista, sea más del gusto del antiguo corresponsal del diario de Petrogrado, que la Rusia que abandonó en 1921.

En los primeros años de su matrimonio, Ehrenburg conservó cierta independencia y dignidad. Pero su rebajamiento se hizo total cuando estalló la guerra civil en España.

Ehrenburg fué a España como corresponsal de *Izvestia*. Llegó a Madrid en el momento en que numerosos grupos de homicidas de la G. P. U. estaban «liquidando» a los líderes socialistas, uno tras otro. Así cayeron Andrés Nin, el socialista austríaco Kurt Landau, el joven socialista ruso-judío Marc Rein y muchos más. Bajo la presión del gobierno soviético, los miembros del POU, partido revolucionario español semitrotskyista, fué sometido a proceso en Barcelona con falsas acusaciones. Fué el primer intento de transplantar los procesos de Moscú a suelo europeo. La tarea de Ehrenburg consistía en informar a los lectores de *Izvestia* que todos los antistalinistas españoles eran saboteadores trotskistas, agentes de Hitler y de Franco, etc. Hizo su trabajo a conciencia y sus artículos fueron inmediatamente traducidos y publicados en la prensa stalinista de todo el mundo. Pero un artista no renuncia a ser íntegro impunemente. Las novelas que Ehrenburg es-

cribió en París, a su regreso de España, son tan malas que parecen de otro. Sus personajes siguen siendo comunistas; pero esos comunistas son meros autómatas. El autor les da cuerda y los hace pronunciar frases triviales que toma de los editoriales de la prensa soviética. Es el nuevo hombre de los Soviets que no tiene dudas acerca de ningún problema. Aquellos pocos que llegan a dudar se suicidan; la duda es otra especie de frustración.

De nuevo en el periodismo, Ehrenburg llegó a ser pronto el mejor y más famoso corresponsal de los Soviets. Su popularidad en el ejército era tan grande durante la guerra que se dieron órdenes especiales para prohibir a los soldados fumarse sus artículos a falta de papel. Ni siquiera Stalin puede jactarse de tal honor.

Claro que Ilya Ehrenburg era sincero al escribir contra los alemanes a quienes odió siempre profundamente. Algunos de sus artículos más vivaces nacieron de ese odio. Pero cuando cambió la política del Soviet hacia Alemania después de la formación del comité encabezado por los generales von Paulus y von Steigltz bajo el nombre de *Alemania libre*, Ehrenburg se contó entre las primeras víctimas del viraje: el jefe del departamento de propaganda del Partido, G. W. Aleksandrov, criticó duramente su actitud antialemana en *Pravda*. El tono general del artículo de Aleksandrov indicaba que los burócratas rusos, siempre dispuestos a usar a los hombres como Ehrenburg cuando los necesitan, no confiaban ya de ningún modo en él. Quizá ésta sea la causa porque Ehrenburg, a pesar de su gran pasado literario, no pertenece a la directiva de la Unión de Escritores soviéticos que preside A. Faddeiev, un hombre sin ningún mérito artístico.

La diferencia entre un escritor soviético y un escritor comunista en el extranjero consiste en que el primero sabe muy bien lo que pasa en Rusia actualmente, mientras que el segundo puede mantenerse en estado de relativa inocencia, especialmente si no es funcionario del Partido. Así Luis Aragón, en París, puede continuar escribiendo novelas de cierta categoría y Howard Fast, de Nueva York, inclinarse sobre el pasado americano para producir libros populares de segunda clase con toda la apariencia de *crear* en lo que hace. Pero ni Ehrenburg ni ningún otro escritor soviético puede hoy escribir nada honesto en Rusia, a menos que sea lo bastante heroico para correr la suerte de Pilniak, Zostchenko o Ana Ajmatova. A esto

se debe que los novelistas rusos—y los hay excelentes—no publiquen nada. Algunos vienen guardando silencio desde hace cinco, ocho y diez años.

Ilya Ehrenburg vive ahora en Moscú, en uno de los departamentos más lujosos de la ciudad. Es hombre rico y con motivo de algún gran acontecimiento nacional puede cubrir su pecho con dos hileras de condecoraciones. Cuando estuvo en Nueva York en 1946, dijo a un repórter que las tiendas americanas vendían únicamente baratijas; pero que de cualquier modo compraría algo para sus dos perros. Parece que con ello quería significar que todo era de más alta calidad en Moscú. Con todo, uno tiene la sospecha de que Ehrenburg no es feliz. Es muy ambicioso, y su mayor ambición ha sido llegar a ser un gran novelista. Durante su última estada en Nueva York tropezó con un amigo de la época de París. El amigo hizo como que no lo reconocía. Irritado, Ehrenburg se le acercó para preguntarle si no sabía quién era. «Por cierto, lo conozco — respondió el amigo — usted es Ilya Ehrenburg, el que fué escritor».

Ehrenburg no insistió; pero más tarde confesó a algunos íntimos que esa frase lo había herido como ninguna otra en su existencia.



Ser revolucionario es mucho más difícil, peligroso y problemático que querer ser héroe nietzscheano. Es peligroso enfrentarse a la lucha sin estar profundamente de acuerdo con uno mismo. Pienso a veces en la historia del eremita que se castró para dedicarse exclusivamente a Dios y alejarse de todo goce terreno. De esta manera quedó libre de tentaciones, pero al mismo tiempo perdió la energía necesaria para amar a Dios, y el ser castrado le impidió volver a la vida normal. Así pasa a muchos burócratas comunistas, que perdieron la fe en la «línea» del partido, demasiado «cambiante», pero que, a causa de su deformación particular, perdieron su capacidad de volver a ser hombres normales. A veces producen la impresión de sonámbulos, y, bajo la máscara de acero, son hombres tímidos y prudentes.

IGNACIO SILONE.

DE POETAS Y GENDARMES

El terreno artístico no es el campo en que el Partido está llamado a mandar.

LEÓN TROTSKY

LAS palabras que encabezan este párrafo fueron escritas por el gran revolucionario cuando, desde hacía más de un lustro, ocupaba la cumbre del poder. Bajo hombres como él la Revolución victoriosa amparaba a las artes y de ahí que en los años más duros del socialismo, en medio del hambre y del terror, la producción artística fuera tan rica y de tan alta calidad.

Mayakovski, Iesiénin, Pilniak, Babel, Meyerhold, Eisenstein y Pudóvkin añadían laureles al poder soviético. Sus obras se imponían en los países del Occidente.

La nota predominante en el arte era el sentido universal de la Revolución, por encima de toda patria, por encima de Rusia misma. Trabajar, luchar, morir por el futuro de otros, tal era la inspiración de los poetas.

Ejemplo característico de aquella época es un sencillo poema de Mijaíl Sviétlov, titulado *Granada*, que, aunque ya vertido al español, espera aún su traducción definitiva. Es una balada de la Guerra Civil, llena de ingenuidad popular: un escuadrón de caballería recorre las estepas cantando *La Manzanita*, una canción de guerra de nunca acabarse, con el familiar estribillo: «manzanita, manzanita, ¿a dónde ruedas? Cuando llegues a la Cheka ya no saldrás de allí.» Un solo mozo se aparta del coro cantando su propio estribillo: «Granada, Granada, Granada mía...»

Cuando le preguntan por el origen de esa canción exótica, el mozo explica que Granada es una ciudad española, que es un alto honor llevar un nombre tan hermoso y que él, ucraniano, ha dejado su choza y marchó al frente para devolver la tierra a los campesinos de Granada. Más tarde el mozo muere y sólo queda el estribillo. Un estribillo que morirá también tiempo después, al morir la Revolución que le dió vida.

Cuando la Iglesia nos enseña que lo que nos parece blanco es negro, debemos declararlo negro al instante.

IGNACIO DE LOYOLA

Mientras el comunismo era doctrina, partido y libre discusión se podía tachar a los bolcheviques de fanáticos y duros, nunca de necios. Lenin podía llamar renegado a Kautsky, pero no dejaba de reconocer el valor de las obras del renegado escritas antes de que lo fuese y seguía considerándole su maestro. Bujárin escribía el prólogo a la edición rusa de una novela anti-soviética de Ilya Ehrenburg porque la encontraba «una muy sugestiva sátira». Pero la doctrina se hizo dogma, el partido Iglesia y la libre discusión fué suplantada por la infalibilidad del Pontífice. A la dureza se sumó la necedad: nació la nueva Inquisición.

El Reloj es la historia de un niño ruso al que los azares de la revolución colocan al margen de la sociedad. Es un pillo, un ratero, un futuro delincuente. Pero entra en un reformatorio soviético dirigido con espíritu nuevo y vuelve a ser sociable y útil.

Es una historia sencilla, edificante y bien escrita. Se tradujo a muchos idiomas y en 1932 apareció también en Madrid. Pronto la edición se agotó.

A poco de estallar la revuelta de Franco se observó en el pueblo una avidez de lectura nunca vista bajo los regímenes de orden. Se editaban febrilmente libros de todo género y las tiradas eran las más altas de que había memoria. La antigua casa editora de *El Reloj* volvió a imprimir el libro.

Corría el año 1937. En Rusia acababa de revelarse que todos los antiguos colaboradores de Lenin eran espías fascistas. Todo parecía estar contaminado por el veneno de la traición.

El responsable ideológico de las publicaciones llamó al editor y le recibió con un ejemplar de *El Reloj* en la mano. Estaba indignado con la falta de vigilancia en la editorial donde se imprimían herejías dañinas a la moral del pueblo en guerra. El cuerpo del delito estaba marcado con lápiz rojo: era una somera descripción de una oficina donde el niño protagonista podía observar en la pared «retratos de Lenin y de Trotsky». La edición fué suprimida.

Similar suerte corrió otra obra de la misma editorial. Era el *ABC del Comunismo*, considerado generalmente como modelo en la exposición de la doctrina. El libro estaba agotado desde hacía años y existía gran demanda de él. Para satisfacer a los nuevos afiliados y responder al creciente interés general por todo lo ruso, se preparó una nueva impresión. Fueron 10.000 ejemplares y costaron un gran esfuerzo. No había papel, faltaba de todo, hubo que vencer muchas dificultades. Ahora estaban en la bodega, ringleras y ringleras de flamantes ejemplares de la obra fundamental para la comprensión del comunismo. Daba gusto mirarlos, pero su editor los contemplaba con melancolía. No sabía si iban a quemarse o convertirse de nuevo en pasta. El autor del libro, Nicolás Bujárin, acababa de ser desenmascarado como espía de Hitler. El responsable ideológico declaró la obra tabú. El *ABC del Comunismo* no volvió a circular más.

Dejemos que todos aquellos que puedan hacerlo, castiguen, maten y hieran, abierta y secretamente, pues debemos recordar que nada puede ser más venenoso, perjudicial o diabólico que un rebelde.

LUTERO

Ningún militante es capaz de precisar el momento en que su partido comienza a corromperse. Puede notar señales alarmantes, puede sentirse disgustado con la dirección. Puede incluso darse cuenta de que la tendencia general se aparta de los principios que le atrajeron al afiliarse. Pero le es extremadamente difícil dar con el instante que deba determinar su ruptura con la organización. Hasta en medio de las experiencias más amargas suele engañarse con la esperanza de que la degeneración sea transitoria, que hay que sacrificar la conciencia antes que amenazar la unidad necesaria para llegar a la meta. Así se somete y finge seguir la línea, se siente abyecto, pero aguanta. Y cuanto más aguanta, más cómplice se hace y menos autorizado se considera para protestar. Y cuanto más piensa, más difícil le resulta soportar la tensión. Ya no puede inhibirse en las demostraciones de lealtad al Jefe.

Tiene que manifestarla con creciente ostentación si quiere seguir siendo camarada. Ello conduce a crisis nerviosas, a agonías de vergüenza, a deseos de matarse, como en el caso referido por un militante:

En el año 1937 se celebró en Valencia un Congreso Internacional de Escritores para la Defensa de la Cultura. Llegaron delegados de todas partes del mundo, un elenco de escritores de vanguardia, para solidarizarse con el pueblo español en su lucha contra el fascismo.

El Militante estaba sentado en un palco oyendo los discursos. Dos hombres más ocupaban el palco. Eran dos cínicos, enemigos del Partido y el Militante los despreciaba. No les saludó al entrar e ignoraba su presencia.

En la tribuna, bajo los retratos de siempre, sucedíanse los oradores. Hablaban en alemán, en francés parisiense y belga, en inglés británico y americano, en danés. El público aplaudía al final de cada discurso porque no dudaba de su buena intención. El Militante aplaudía también, por cortesía y por solidaridad con los camaradas extranjeros. También batían palmas sus malvados vecinos.

Ocupó la tribuna un hombre alto y corpulento, de rostro sanguíneo. Era Alexis Tolstoi, el delegado soviético y fué recibido con una aclamación unánime. Habló en castellano y sus palabras fueron escuchadas con atento silencio. Pronunció un discurso como era de esperar — en Defensa de la Cultura — pero con un final abominable, policíaco, sin relación con la literatura ni con nada parecido, un ataque contra las hienas sangrientas, contra los «trotskistas» que debían ser denunciados, desenmascarados, exterminados... Su cara roja se volvía más congestionada, gesticulaba airado y levantaba un dedo acusador mientras se desgañitaba en anatemas y truenos contra los opositores a la sabiduría del Jefe.

Fué premiado con aplausos prolongados, delirantes, excesivos. El Militante aplaudía también bajo la mirada irónica de los dos vecinos cruzados ostensiblemente de brazos. El Militante pensaba que esa debería ser su propia actitud, pero un militante no puede seguir los impulsos de su conciencia individual. Se sentía cobarde y despreciable, tenía deseos de huir, de llorar, de morir. Pero aplaudía. Salió del teatro con la cabeza gacha, avergonzado ante los enemigos, avergonzado de sí mismo. Y al contarlo años más tarde, libre ya de la tutela oficial rusa, referíase a ello como una ignominia que no podría olvidar en su vida.

NOMENCLADOR SOVIETICO

LA *Geografía Soviética* de Mijailov ofrece incidentalmente una interesante información sobre el estado de la enseñanza de la geografía en la URSS con su descripción de los lugares de nacimiento de tres hombres en cuyas biografías estoy trabajando. Simbirsk, donde nació Vladimir Ilyich Ulianov, conocido como Lenin, es descrita así:

«En su viaje por el Volga, el vapor cruza la región de Kuibyshev con sus grandes industrias alimenticias y siderúrgicas. Al igual que en los demás distritos de la Región del Volga meridional, aquí también la agricultura mecanizada sostiene con éxito su batalla contra la sequía. Hileras de graciosas colinas llenan la ribera derecha, mientras a la izquierda se extiende una llanura ilimitada. Lenin nació en Ulianovsk (antigua Simbirsk), en la Región de Kuibyshev, y aquí transcurrió su infancia.»

Una descripción simple, espartana, del lugar de nacimiento del primer líder de la Revolución...

En lo concerniente a Gori, pueblo natal de Stalin, y a toda la región circundante, la musa de la geografía se hace más poética:

«El carácter particular de la economía y de las condiciones naturales de la Transcaucasia, la riqueza de su antigua cultura, ahora regenerada, evocan el hondo interés y amor de todos los pueblos de la Unión Soviética. Este sentimiento es particularmente fuerte porque en el ánimo de los pueblos soviéticos la Transcaucasia se relaciona con el nombre de su guía, Stalin. Aquí, en el pueblo de Gori, nació Stalin, hijo de un pobre trabajador georgiano, y aquí transcurrió su infancia. Aquí asistió a la escuela, comenzó su obra revolucionaria, fué arrojado a las prisiones zaristas, y llegó a ser el líder de las luchas obreras.»

»Después de la Revolución de Octubre, y especialmente durante el período de los Planes Quinquenales, la vida de la Transcaucasia experimentó grandes cambios. Las repúblicas de la Unión Soviética, incluidas Azerbeidyan, Georgia y Armenia, lograron un señalado éxito en la economía y el desarrollo cultural, principalmente gracias a los esfuerzos organizativos de Stalin.

»I. Gubkin, geólogo y especialista en petróleo, miembro de la Academia de Ciencias de la URSS, al ser elegido en Bakú para el Soviet Supremo de la URSS, escribió: «Nunca olvidaré las reuniones con mis electores en las que presencié escenas que me han conmovido más allá de toda descripción. Una mujer azerbeidiana, vieja y encorvada, que tal vez hace un año llevaba todavía el velo, sube a la tribuna. Con una voz que la honda emoción torna gradualmente más fuerte, con toda la pasión de la gratitud que el corazón de una azerbeidiana es capaz de sentir, le dice a la silenciosa asamblea:

«¡Stalin, viva Stalin! ¡El nos dió la vida!» Una tempestad de entusiasmo pone a la gente de pie tan pronto el gran nombre llega a sus oídos.»

Así concluye nuestro geógrafo su sección referente a la Transcaucasia. Pero le resulta difícil ausentarse de la región; algunas páginas más adelante nos trae de vuelta a ella, vía ferrocarril transcaucasiano:

«En la ribera del Kura, rodeado de huertos, está el pueblo de Gori. Aquí es donde nació Stalin en 1879. La casa de ladrillo, de un piso, está actualmente al abrigo del vidrio, revestida de mármol, y rodeada de una cerca. La casa ha sido convertida en un museo y todo permanece aquí tal como estaba en los años infantiles de Stalin. Se ha conservado la escuela a que asistió. Miles de personas de todas partes de la Unión Soviética llegan a Gori todos los años.»

Pude contar no menos de otras 25 referencias a Stalin en esta popular geografía soviética, sin incluir las fotos referentes a él, ni las no menos líricas descripciones de la Cumbre de Stalin, de Stalinbad, Stalingrad, la Región de Stalingrad, Staliniri, Stalino, la Región de Stalino, Stalinogorsk y Stalinsk. El índice, asimismo, le muestra dejando fácilmente atrás a todos los competidores en cuanto al número de referencias personales. Las últimas palabras del Manual de Geografía Soviética son:

«El monte más alto de la Unión Soviética está en el centro de este nudo de poderosas cadenas montañosas, cubierto de hielo. Ha sido escalado y su altura fijada en 7.500 m. sobre el nivel del mar. Esta cumbre majestuosa lleva el nombre de Stalin.»

En cuanto a Yanovka, el oscuro lugar de nacimiento de Trotsky, su nombre sigue siendo Yanovka, y la Geografía Soviética no lo menciona para nada.

CRISIS DEL PENSAMIENTO EN LA URSS

LA LITERATURA rusa, de tan honda resonancia en todo el mundo a lo largo del siglo XIX, desde Púschkin y Gógol hasta Chéjov y Gorki pasando por Turguéniev, Tolstoi y Dostoievski — para mencionar sólo a las figuras más representativas — apenas logra hoy uno que otro eco universal, después de su espléndida eclosión revolucionaria en 1917.

¿Cómo explicarse tal fenómeno a la luz de la historia? Desde luego, el régimen personalista de Stalin, volviendo en 1924 a la dirección burocrática del arte, que habían desechado Lenin y Trotsky, es responsable del trágico destino de toda una generación de artistas soviéticos.

El suicidio del poeta Sergio Esienin en 1925 y el de Vladimiro Maiakovski, un lustro más tarde, son sintomáticos de un profundo malestar, del punto de vista literario. En seguida empieza el silencio — al parecer definitivo ahora — de Isaac Babel, el cuentista de *La caballería roja* y la caída en desgracia de Boris Pilniak, el novelista de *El Volga desemboca en el mar Caspio*. Luego año tras año, aumenta el número de las víctimas entre los intelectuales más prominentes de Leningrado.

A la muerte de Gorki, la burocracia ensoberbecida no encuentra ya obstáculo alguno para eliminar a teóricos como Riazánov, hombres de teatro como Meyerhold, y de ciencia como Vavílov. ¡En eso, ay, viene a parar el humanismo socialista proclamado en el primer congreso de escritores internacionales reunido en Moscú bajo enormes retratos de Shakespeare, Cervantes y Heine!

Sin embargo, basta un simple vistazo al ideario de la Revolución para convencerse hasta qué punto el procedimiento policíaco de la burocracia staliniana contradice la enseñanza verdaderamente humanista de Marx y Engels.

Engels no se cansó nunca de invocar el ejemplo de la primera y única República inglesa, citando especialmente a Milton como el más grande defensor de la libertad de pensamiento. La célebre *Aeropagítica* del poeta contiene por cierto más de un párrafo aplicable hoy a Stalin y sus epígonos. Verbi gratia, este anatema contra el imprimatur del Estado tan odioso como el de la Iglesia:

«... No soporto un instructor que se me allega con la tutoría de un puño omnividente. Nada sé del licenciador sino que aquí está su mano al cuidado de su arrogancia; ¿quién sabría garantizarme su juicio? — El Estado, señor; pero la contestación es fulmínea: El Estado será mi gobernante, no mi crítico; podrá él equivocarse en el nombramiento del licenciador como éste errar en lo que al autor concierne»...

Cuanto a Marx, no hay más que recordar las siguientes palabras de su escrito contra la instrucción del rey de Prusia, Federico Guillermo IV, a los censores, saludada en su tiempo por los liberales como una primicia de la libertad de prensa:

«Admiráis la variedad maravillosa, la riqueza inagotable de la naturaleza. No exigís que la rosa tenga el perfume de la violeta, pero lo que el espíritu tiene de más rico ¿no debe tener la facultad de existir sino de *una sola* manera? Soy humorista; pero la ley me ordena que escriba seriamente. Soy osado, pero la ley me ordena que mi estilo sea modesto. *Gris sobre gris*, he ahí el color único de la libertad. La menor gota de rocío en la que se refleja el sol, cintila en un inagotable juego de colores, pero el sol del espíritu, cualquiera que sea el número de individuos y la naturaleza de los objetos en que se quiebre, no podrá dar más que un solo color: ¡*El color oficial!* La forma esencial del espíritu es la *alegría*, la *luz*, y vosotros hacéis de la *sombra* su única manifestación adecuada; no debe vestirse más que de negro, y sin embargo no hay una sola flor negra entre las flores. La esencia del espíritu es siempre la *verdad*. ¿Y qué le fijáis como esencia? La modestia. Sólo el indigente es modesto, dice Goethe. ¿Es en un indigente que queréis transformar el espíritu? ¿O la modestia no será más que la modestia del genio, de que habla Schiller? Entonces transformad primero a todos vuestros conciudadanos y ante todo a vuestros censores en genios.»*

* El joven Marx, con otras imágenes, se diría que no hace más que repetir al viejo Jefferson cuando éste afirmaba refiriéndose al *ensor morum* a cargo únicamente de la religión del Estado: «Sólo el error necesita el apoyo gubernamental. La verdad puede mantenerse por sí misma. Someted el pensamiento a la coacción. ¿A quién llamaréis como inquisidores? A hombres falibles, a hombres gobernados por malas pasiones, por razones privadas tanto como públicas. ¿Y para qué la coacción? Para producir la uniformidad. Pero ¿es deseable la uniformidad de opinión? No; como no lo es la uniformidad de los rostros y de la estatura. Utilizad entonces el lecho de Procusto, y como existe el peligro de que los hombres largos puedan golpear a los cortos, hacednos a todos del mismo tamaño, recortando a los primeros y estirando a los últimos.»

* * *

Toda revolución digna de tal nombre ha contribuído, al principio por lo menos, a ensanchar el área del libre desenvolvimiento de la personalidad humana. Basta para verificarlo el número elevado de hombres del pueblo que tras un movimiento emancipador alcanzaron posiciones descollantes: jóvenes generales, estadistas, legisladores, tribunos, héroes y mártires.

En cambio, el dogma de obediencia y la regresión a una especie de feudalismo sui generis son ideas fijas de la Iglesia, que allá donde puede aún conserva el celo de la Inquisición.

No es extraño que fuera precisamente un renegado del marxismo, en paz con Stalin al fin, quien anunciara en nuestro tiempo el camino hacia la impuesta y cruelísima unidad del Medioevo.

Este camino retrógrado, a pesar de todas las invenciones modernas para difundir el pensamiento, o a causa de ellas tal vez, lo ha emprendido a sangre y fuego Torquemada - Hitler y lo sigue todavía su acólito español Francisco Franco, a la sombra del Vaticano y otros poderes no menos hipócritas de la tierra.

¿No son, acaso, los «rojos» para la Falange, lo que los «judíos» para la Gestapo y los «trotskistas» para la Guepeu?

La nueva inquisición puede captarse hoy a la distancia y grosso modo en la Rusia del ex-seminarista de Tiflis, pero no falta en pequeño, a nuestra vera, en Santo Domingo, por ejemplo, patrón de aquellos feroces fanáticos que la desarrollaron en la Edad media.

En un libro argentino de fines del siglo pasado encuentro subrayadas las siguientes palabras de un padre jesuita: «el comparecer de un comisario del Santo Oficio *perturba al más sereno.*»

¿Por qué se piensa en el criminal sacrificio de Federico García Lorca en Granada?

El judío hamburgués Berman se curaba en salud no saliendo a la calle porque del Zoológico se había escapado un oso: «¿Quién convence a un nazi de que yo no lo soy?» Para un bolchevique de ahora no hay tampoco nada imposible. Como el católico está obligado al *credo quia absurdum*. Una vez desatado el terror se produce a la larga una verdadera selección al revés donde sobreviven los hombres con menos aristas personales y más mimetismo animal.

J. M. Ramos Mejía, que a través de muchos testigos alcanzó a dejarnos un recuento más o menos fiel de las tropelías de Rosas en complicidad con la Iglesia de Buenos Aires, que hacía adorar en sus altares, resume así su tesis darwiniana, estudiando cómo el Santo Oficio produjo la decadencia del pensamiento español:

«Había un *medio inquisitorial* indudablemente al que los organismos cerebrales tenían que adaptarse o perecer. El Santo Oficio era la máquina de presión que ponía a prueba la organización mental de todos, es decir, su mayor o menor *adaptabilidad*. En ese sentido, la debilidad estaba en aquel que no soportara los rigores o inclemencias de la atmósfera corriente: el triunfo para el que con más plasticidad y dúctil blandura se dejara modelar por las circunstancias, cuyo conjunto constituía el clima dominante».

* * *

Imponíase quizá esta poca erudición en torno al Santo Oficio que, nacido en los claustros dominicos, acabó llevando al quemadero de los autos de fe a canónigos, capellanes y frailes de las iglesias metropolitanas, según lo registra el propio Menéndez y Pelayo en su *Historia de los heterodoxos españoles*. Pues, si bien se mira, los periódicos procesos y purgas de Moscú contra los intelectuales revolucionarios* recuerdan demasiado aquella atmósfera o clima dominante.

Como genuino intérprete del pueblo ruso, el gran novelista de *Los poseídos* echaba sus barbas en remojo al ver cómo se forjaba en Europa el acero con que los líderes socialistas se proponían expropiar a los expropiadores. (No le parecía sólo cuestión histórica.)

En el *Diario de un escritor*, Dostoievski se muestra particularmente alarmado ante una perspectiva liberticida y atribuye al burgués que habla por su boca esta innegable visión de hoy: «...ellos [los líderes] piden demasiados sacrificios de la personalidad de su hombre futuro: no se puede sujetar al hombre de ese modo sino mediante una violencia tremenda,

* Ya en 1931, Waldo Frank, de regreso de su viaje a la URSS, decía en su libro, *Aurora rusa*: «Los intelectuales han pasado muchas vicisitudes desde 1917. Hicieron la revolución y gobernaron al principio. La derrota de su último gran jefe, León Trotsky, era el símbolo de su caída. Stalin fué acabando gradualmente con todos los directivos intelectuales, camaradas de Lenin.»

sometiéndolo además a un espionaje terrible y al control constante de un poder en extremo despótico.»

A fuer de cristiano puro, Dostoievski sólo aceptaba esa tiranía de la Iglesia ortodoxa para salvar su alma en el reino de Dios. El régimen que se apoyaba en dicha Iglesia martirizó, es cierto, su cuerpo enfermizo y hasta estuvo a punto de fusilario a raíz de una conspiración literaria bárbaramente castigada en Omsk. Pero él lo perdona todo, magnánimo, como el Cristo de Iván Karamázov en su poema del Gran Inquisidor. Lo que no quiere Dostoievski en última instancia es que su pueblo, el sagrado pueblo ruso, se manche las manos con sangre afrancesada...

Mucho más lógico, sin duda, es el hidalgo y sanguíneo Tolstoi, que, lejos de hacerse reaccionario y eslavófilo como Dostoievski arremete con igual brío contra el Estado y la Iglesia, como lo habían hecho sus grandes predecesores románticos y socialistas: Púschkin y Lérmontov, entre los primeros, Herzen y Bielinski entre los últimos. Pues, si como se ha dicho, para la *intelligentsia* el tolstoísmo significó una renuncia a la lucha activa, para los obreros fué a menudo la forma primera y aun vaga de protesta contra la injusticia social.

Con cuanta certeza dice a este propósito Stefan Zweig: «Ninguno de los revolucionarios rusos del siglo XIX preparó tanto el camino a Lenin y Trotsky como este conde anti-revolucionario.»

* * *

Afortunadamente, el Gran Restaurador del absolutismo zarista y la inquisición eclesiástica en la Rusia de los soviets, tuvo que vérselas en nuestro tiempo con otro León bastante próximo a las letras antes y después de su libro titulado *Literatura y Revolución*.

Como el autor de *La Guerra y la Paz*, Trotsky encuentra millones de lectores para sus obras históricas; pero apenas unos pocos núcleos obreros capaces de oponerse a las persecuciones y arbitrariedades del Kremlin. Sólo el pacto nazi-soviético logra una verdadera desbandada entre los intelectuales que apoyaban la política de Stalin mientras Hitler quemaba los libros de Freud en la plaza y su ejemplo cundía en Italia, España y algunos países de América.

Excepciones de mayor clarividencia como la de Ignacio Silone, James T. Farrell, Edmund Wilson, Jean Malaquais pueden contarse con los dedos de una mano en todo el mundo.

Nuestro difunto amigo Víctor Serge, liberado él mismo de las prisiones de la URSS gracias al generoso empeño de André Gide y la novelista francesa Madeleine Paz, exageraba un poco el silencio hecho en torno a las purgas literarias soviéticas por los directores de las grandes y pequeñas revistas de Occidente. Serge tenía demasiado cerca su amarga experiencia con ciertos fascículos americanistas de México. Al respecto, aún tenemos presente la ráfaga de vergüenza en el rostro de alguien que sentíase íntimamente ligado a la dirección de aquellos cuadernos, que no acogieron un artículo del autor de *Nacimiento de nuestra fuerza*.

Pero ¿qué tiene de asombroso si luego publicaron «espontáneamente» un discurso del mandamás mejicano, en estrecha solidaridad con lo que hacen lo mismo en Rusia de modo más bizantino?

El apego al poder del Jefe y la falta de compañerismo entre los escritores que viven a la sombra del Estado, enemigo de toda crítica independiente, apenas necesita ilustrarse dentro de la Unión Soviética, después de cuanto llevamos visto en el propio continente de la libertad.

El corresponsal del *Moscow Daily News*, I. D. W. Talmadge, único colaborador extranjero de la Enciclopedia Soviética y autor de una erudita biografía de Púschkin, le hizo llegar a Ilya Ehrenburg, con motivo de la última visita que hiciera el famoso escritor ruso a los Estados Unidos, una corta epístola fraternal, solicitándole que interpusiera su influencia de Premio Stalin a favor de Boris Pilniak, que se había hecho sospecho al régimen con la publicación de su cuento «El asesinato del comisario», inspirado en la muerte real de Frunze durante una operación quirúrgica.

Decíale Talmadge literalmente a su querido *Ilya Gregórovich*: «Es posible que Pilniak no haya sido liquidado y que languidezca todavía en un campo de concentración soviético. Usted puede salvarlo. Un pedido suyo a Stalin tendría éxito. Comprendo que se necesita valor. Pero eso está en la tradición de los grandes maestros de la literatura rusa, desde Púschkin a Gorki...»

Ehrenburg no ha contestado a dicha carta y Pilniak puede desaparecer víctima del tifus como Isaac Babel y Ossip Mandelstam.

Para escapar a idéntico destino, el gran poeta Boris Pasternak traduce los sonetos de Shakespeare, dejando de lado su obra original. Pero asimismo Shakespeare lo compromete al decir (LXVI):

And art made tongue-tied by authority
Y el arte amordazado por la autoridad

Si los escritores soviéticos tuvieran libertad para otra cosa que para entonar loas al «Jefe de la humanidad» (qué florilegio podría seleccionarse por ese lado, el más fructífero a no haber duda en la Rusia de hoy) tendríamos de seguro una visión menos jocosa del propio Stalin, de cuyos discursos «fluye una suavidad lírica indecible», según los conmovidos gaceticeros del *Pravda*. Después de todo, hay alguna distancia entre Stalin y Trujillo.

Claro que como los burócratas saben mejor lo que hace grande a su ícono, exigen de los artistas rusos un culto uniforme por medio del terror y la intimidación. Hasta los viajeros deben rendirle alguna zalema de su repertorio. Y ni qué decir, los corresponsales de la prensa extranjera en Moscú. Si algo se filtra en contra del hombre más retratado del mundo es de alguien que se ha cansado al servicio del Kremlin.

Hace años que ninguna novela soviética despierta en la URSS un interés semejante al que ha obtenido fuera de sus fronteras, *Oscuridad a mediodía*, de Arthur Koestler, por ejemplo.

El pueblo ruso sólo lee ávidamente a sus clásicos, en millones y millones de ejemplares, porque todavía encuentra en ellos la expresión de su antiguo anhelo de paz y libertad.

Cuando Antón Chéjov no era más que un médico de distrito hacía la siguiente confesión a un amigo de su juventud:

«Nada me gustaría más que llegar a ser un artista libre y lamento que Dios no me haya dado el poder de llegar a serlo. Odio la mentira y la violencia en cualquiera de sus formas... El fariseísmo, la estupidez, el despotismo, no reinan únicamente en las cárceles y en las mansiones de los mercaderes. Los veo asimismo en la ciencia... en la literatura. Mi sanctasanc-torum es el cuerpo humano, la salud, la inteligencia, el talento, la inspiración, el amor y la libertad; la libertad de la violencia y de la mentira en cualquiera de sus formas. Tal es el programa que seguiría si llegara a ser un gran artista.»

Esta es la verdadera tradición de la *intelligentsia* rusa, para decirlo con su propio término; tradición que ningún tirano acabará en veinte, treinta o más años.

* * *

Todo movimiento emancipador de la humanidad trae una rápida y pasajera floración literaria que lo refleja en su máximo esplendor junto a los últimos ecos de los grandes precursores que lo entrevieron y anunciaron en sus obras maestras. Pero es tardío, ¡ay!, como el olivo, su verdadero fruto poético universal y definitivo.

Recuérdese a este propósito la inevitable revolución antiesclavista de Lincoln. ¿Qué autores fuera de Emily Dickinson, Henry James, Stephen Crane, el de *La Roja Insignia del Coraje*, llegaron hasta nosotros junto a Mark Twain, sino como figuras solitarias? Sólo ya entrado el siglo veinte, Norteamérica vuelve a producir una pléyade intelectual digna de aquella que formaron antes de la guerra civil: Poe, Melville, Hawthorne, Emerson, Thoreau y Whitman.

Exactamente lo mismo ha pasado en Francia después de la Comuna de París.* No debe sorprendernos, pues, la honda crisis del pensamiento revolucionario ruso más de la cuenta, que, por otra parte, cargamos ya en líneas generales, y valiéndonos de su estilo, a la dictadura burocrático inquisitorial del padrecito Stalin.

Mientras Stalin impone su infalibilidad con premios y castigos, del mismo modo que lo hace de antiguo el Papa, es decir, mediante una numerosa clerigalla interesada en el mantenimiento de su mito, nuestra única esperanza es la literatura inédita o aquella otra contra la que nada puede ya ningun Index o falta de imprimatur.

Por tanto, algo aún queremos citar como *mot de la fin*.

* Véase una sintomática eskuela de Flaubert a su sobrina el 1.º de Febrero de 1871, un mes y medio antes del levantamiento proletario:

... *La capitulation de Paris à laquelle on devait s'attendre pourtant nous a plongés dans un état indescriptible! C'est à se pendre de rage! Je suis fâché que Paris n'ait pas brûlé jusqu'à la dernière maison, pour qu'il n'y ait plus qu'une grande place noire. La France est si bas, si déshonorée, si avilie, que je voudrais sa disparition complète... Je ne porte plus ma croix d'honneur, car le mot honneur n'est plus français, et je me considère si bien comme n'en étant plus un, que je vais demander à Tourgueneff (des que je pourrai lui écrire) ce qui'il faut faire pour devenir Russe.*

El melancólico idioma eslavo que nadie llevó a mayor perfección ni a una forma más equilibrada que Iván Turguéniév, el inmenso profeta de «Tierras vírgenes», «A la vísera» y «Padres e hijos» nos induce a conservar la fe depositada en su pueblo a causa de tan formidable arsenal expresivo justamente.

Un ejemplo alentador como ninguno lo encontramos en *Senilia*, el libro que Turguéniév escribió al borde del sepulcro, a punto ya de dejar caer la pluma de su mano en un supremo ruego a su gran amigo León Tolstoi para que no desertara de la literatura. He aquí su propia voz:

«En los días de incertidumbre, en las horas negras y de augurios sombríos para el porvenir de la patria, sólo en tí encuentro apoyo y sostén, ¡oh majestuosa, incorruptible y libérrima lengua rusa! Si no fuera por tí, ¿como no abandonarse a la desesperación en presencia de lo que nos ocurre? Pero no, no es posible creer que tal lengua no le haya sido dada a un gran pueblo.»



*Y si se objeta que la violencia es asimismo un momento necesaria en el desarrollo de la civilización humana, es menester cazar al vuelo esta palabra «momento» para puntualizar que la violencia si es un «momento», no puede ser un «ordenamiento» ni un «régimen». El bajo nivel señalado, y la consiguiente depresión cultural, demuestran que los afirmadores modernos del comunismo marxista no conocen a este propósito, ni siquiera el pensamiento de Marx, quien (repetiendo una imagen ya empleada por Sócrates en la investigación de la verdad) aseveraba que la violencia es la «partera» de la historia, la «partera» y no la generadora, la madre, la nodriza, la educadora, la directora de la vida. Puede darse a luz también sin comadrona, y la historia se desenvuelve y sobrepasa sus crisis y completa tácitamente sus innovaciones, en largos lapsos, sin esos oprevivos derrumbes y ruinas que se llaman revoluciones y violencias revolucionarias. Con todo, aunque sobrevengan estas últimas, la violencia o la partera que sea, sólo es eficaz en el grado que se halla maduro el parto, esto es, si el nuevo orden se ha formado ya, en cierto modo, en los espíritus, de suerte que la intervención de la violencia pueda ser rápidamente transitoria. Por esta razón, Marx (y he aquí otra ignorancia advertible en los que ahora se vanaglorian de marxistas) concebía su comunismo, como «instauración del reino de la libertad», como un resultado del propio des-
envolvimiento del liberalismo...*

BENEDETTO CROCE

RUSIA UN SIGLO ATRAS

(FRAGMENTOS)

Fuí a Rusia para buscar allí argumentos contra el gobierno representativo. Regreso como partidario del régimen constitucional. A medida que pude ir conociendo ese gobierno único y terrible, reglamentado, por no decir fundado, por Pedro el Grande, he comprendido mejor la importancia de la misión que el azar me había confiado... En Francia me inclinaba hacia el régimen autoritario. Después de haber vivido bajo la terrible disciplina que somete a la población entera a un régimen militar, aprecio, y lo confieso, un poco más el desorden tras el cual se oculta la fuerza, que el orden perfecto que cuesta la vida.

Me gustó la idea de viajar solo esta vez. Así esperaba poder verlo todo con tranquilidad... Pero... le distraen a uno a cada instante, le tiranizan a uno con su celosa solicitud, se inquietan acerca de cómo pasa uno su tiempo. Sin cesar le preguntan a uno sobre asuntos que sólo les interesan a ellos y después hay fiestas y más fiestas, de manera que uno se ve impedido de ver su país. Los rusos han formado un excelente verbo francés para designar su hospitalidad política: al hablar de los extranjeros, a los que ciegan a fuerza de agasajos, dicen: *il faut les enguirlander*... Como extranjero, y más aún como escritor extranjero, fuí colmado de atenciones; mas todo ha quedado en promesas y nadie me dió la oportunidad de llegar al fondo de las cosas.

Me felicito de haber ido a Rusia por poco tiempo; una larga permanencia en ese país me quitaría no sólo el valor sino también las ganas de decir la verdad acerca de lo que he visto y que entiendo. El despotismo inspira indiferencia y desaliento incluso a los espíritus más determinados a luchar contra sus irritantes abusos.

Parecíame que al decir la verdad sobre Rusia haría algo nuevo y atrevido: hasta el presente, el miedo y el interés han dictado elogios exagerados; el odio ha hecho publicar calumnias: no temo ninguno de ambos riesgos.

† Marqués Astolfo de Custine, escritor francés de la primera mitad del siglo pasado (1790-1857). Recorrió diversos países europeos y publicó varios libros de viajes. De su libro *La Russie en 1839* insertamos aquí algunas opiniones sobre la autocracia rusa, que conservan una sorprendente actualidad. (N. del Trad.)

No estoy nada dispuesto a dejarme deslumbrar por la popularidad de Emperador: al contrario, prefiero perder la amistad de los rusos antes que la libertad de espíritu que me sirve para juzgar sus trampas y los medios que emplean para engañarnos a nosotros y a ellos mismos. Prefiero renunciar a sus elogios antes que perder el único y verdadero fruto de mi viaje: la experiencia.

No odio sino un mal, y si lo odio es porque creo que engendra y presuponé todos los demás males; este mal es la mentira. Así me esfuerzo en desmascararla dondequiera que la encuentre. Es el horror de la falsedad el que me produce el deseo y me da el valor de describir este viaje: lo emprendí por curiosidad, lo contaré por deber.

Cuando miente la palabra, cuando miente el escrito, cuando miente la acción, los detesto: cuando, como en Rusia, miente el silencio, lo interpreto.

En Rusia, el principio del despotismo funciona con rigor matemático y el resultado de esta precisión extraordinaria es una extrema opresión. Un gobierno de mano fuerte que en toda ocasión procura implacablemente hacerse respetar de los súbditos, tiene que hacerles desgraciados a la fuerza. La vida de los rusos es más triste que la de cualquier otro pueblo europeo.

Se tiene que haber vivido en ese yermo sin descanso, en esa prisión sin ocio que se llama Rusia, para sentir completamente la libertad que se disfruta en Europa, cualquiera que sea la forma de gobierno...

Si se llegara a probarme la necesidad de la injusticia y de la violencia para obtener grandes resultados políticos, sacaría la conclusión de que el patriotismo, lejos de ser una virtud cívica, como se ha dicho hasta ahora, es un crimen de lesa humanidad.

El temor ante un hombre todopoderoso es la cosa más horrible de este mundo, y así se acerca uno al Kremlin solamente con miedo. Es un paisaje de piedra. Es el terror armado. Es el sueño de un tirano lleno de poder, terrible como el pensamiento de un solo hombre que prescribe el suyo al pueblo. Habitar el Kremlin no es vivir, es defenderse; la opresión provoca la revuelta; la revuelta requiere precauciones; las precauciones aumentan el peligro y de esta larga serie de acciones y de reacciones nace el monstruo.

Desdichado el país en que los maestros del arte se reducen al papel de substitutos del prefecto de policía.

¿De qué le sirve a Rusia hacer sentir a Europa su peso, influenciar la política europea? ¡No son sino intereses artificiales, pasiones vanidosas! Lo que le hace falta es encontrar en sí misma el principio vital y desarro-

llarlo: un pueblo que no puede llamar suyo más que su obediencia no es un pueblo vivo.

Lo que aumenta mi malestar después de lo que he visto entre los rusos, es que todo me revela el valor de este pueblo oprimido. La idea de lo que podría hacer si estuviera libre exaspera la cólera que siento al ver lo que hace hoy día.

Los movimientos de las personas con que me he encontrado parecieron-me tiesos y cohibidos: todo gesto expresa una voluntad que no es la de su dueño; todas las que he visto parecían portadoras de alguna orden. Ni una sola parecía haber salido de paseo para su propio placer, y el aspecto de esta coacción me puso involuntariamente triste. Era como en la guerra, faltando sólo entusiasmo y vida.

El gobierno ruso es una monarquía absoluta templada por el asesinato.

Bajo un tal régimen el hombre debe saber — y lo sabe ciertamente — desde el primer día de su vida, lo que está destinado a ver y a hacer hasta el día último. Tan brutal tiranía llámase en el lenguaje oficial interés común y amor al orden. A los espíritus metódicos, este amargo fruto del despotismo se les antoja tan valioso, que ningún precio — así dicen — es demasiado alto por ello.

La mentira está tan cerca del servilismo que un príncipe rodeado de aduladores ignorará siempre lo que se espera ocultarle; así está condenado a dudar de cada palabra, a desconfiar de cada hombre. Tal es la suerte de un amo absoluto; por más que se muestre bueno y quiera vivir como un hombre, la fuerza de las cosas le hará insensible a pesar suyo; ocupa el lugar de un déspota y debe sufrir su destino, adoptar sus sentimientos, o al menos desempeñar su papel.

Tengo una idea fija: que se puede y se debe gobernar a los hombres sin engañarles. Si en la vida privada la mentira es una bajeza, en la vida pública es un crimen y este crimen ha de producir la desgracia. Todo gobierno que miente es un conspirador más peligroso que el reo al que hace decapitar legalmente.

La vida social en Rusia no es más que una constante conspiración contra la verdad. Aquí mentir es proteger a la sociedad, decir la verdad es atentar contra el Estado.

¡Y Rusia se vanagloria de la abolición de la pena de muerte!... Moderad vuestro celo, abolid tan sólo la mentira que lo domina todo, lo desfigura todo, lo envenena todo en vuestro país, y habréis hecho bastante por el bien de la humanidad.

El poder absoluto, cuando lo es realmente, confundiría, a la larga, a la razón más firme; el despotismo ciega a los hombres; pueblo y soberano se embriagan juntos con el azote de la tiranía. Esta verdad me pareció comprobada hasta la evidencia por la historia de Rusia.

En Francia, la tiranía revolucionaria es un mal transitorio; en Rusia, la tiranía es una revolución permanente.

En Rusia el temor reemplaza, es decir, paraliza el pensamiento. Este sentimiento, cuando reina solo, no puede producir sino apariencias de civilización.

La ambición y el miedo, pasiones que en otras partes pierden a los hombres haciéndoles hablar demasiado, engendran aquí el silencio. Este silencio violento provoca una calma forzada, un orden aparente más fuerte y más horrendo que la anarquía...

Cuanto más veo a la gente conservar la apariencia de calma bajo este régimen, más me conduelo de ella. ¡La tranquilidad o el *knut!*... tal es la condición de existencia aquí. El *knut* de los grandes es la Siberia... y Siberia misma no es más que la exageración de Rusia.

En Rusia, la independencia se ha refugiado en los animales. Puede decirse de los rusos, de los grandes y de los pequeños, que están ebrios de esclavitud.

El gobierno ruso es la disciplina castrense que subroga el orden ciudadano; es el estado de sitio hecho estado normal de la sociedad.

En Rusia el gobierno lo domina todo y no vivifica nada. Si el pueblo de este Imperio no está del todo tranquilo, en todo caso está mudo. No creo que el suicidio se dé aquí con frecuencia; la gente sufre demasiado para matarse. Además, aun cuando el número de los suicidas fuera muy grande, nadie lo sabría. El conocimiento de las cifras es privilegio de la policía rusa.

No obstante, por más que hagan y por más que digan estos hombres tan sumisos, su entusiasmo es forzado: es el amor del rebaño por el pastor que lo nutre para matarlo.

Puede que mañana, en un motín, en una matanza, a la luz de los incendios, suene la voz hasta los confines de Siberia: ¡Viva la libertad! Un pueblo cegado y cruel puede estrangular a sus amos, puede rebelarse contra los oscuros tiranos y enrojecer el Volga con sangre; por ello no será más libre: la barbarie; es un yugo.

Tradujo: Mauricio Amster.

INDICE DEL VOLUMEN XI DE BABEL

NÚMEROS 43 AL 48

AMSTER, Mauricio/ <i>De poetas y gendarmes</i>	293
ATRIA, Sergio/ <i>Retablo</i>	193
CANNON, James P./ <i>Adios a un pioneer socialista</i>	103
CASSOU, Jean/ <i>Tres testigos del 48</i>	49
CUSTINE, Astolfo de/ <i>Rusia un siglo atrás</i>	313
DIEZ, Laín/ <i>Los alemanes del 48 en Chile</i>	93
<i>Los alemanes del 70 en Chile</i>	147
<i>Nota sobre Courbet</i>	203
ESPINOZA, Enrique/ <i>André Gide, uno y diverso</i>	3
<i>Apéndice a Una noche de Edén de H. Quiroga</i> ..	45
<i>«Proverbios Morales» de Sem Tob</i>	47
<i>El fantasma mete ahora miedo en América</i>	98
<i>«Henry Wallace» de Dwight Macdonald</i>	167
<i>La síntesis genuina de Lugones</i>	209
<i>«Turnstile One» de V. S. Pritchett</i>	261
<i>Crisis del pensamiento en la URSS</i>	304
FARRELL, James T./ <i>Sobre uno de los principales problemas literarios</i> ..	223
FRANCO, LUIS/ <i>Horacio Quiroga, poeta de la naturaleza y del amor</i>	35
<i>Limaduras</i>	139
<i>Madre Revolución</i>	286
GIDE, André/ <i>Páginas recobradas</i>	13
GONZÁLEZ VERA/ <i>Patancha y el vegetariano</i>	21
<i>Maruri esquina de Cruz</i>	126
<i>En el Liceo</i>	177
<i>Las sastrerías</i>	231
GROSSAC, Paul/ <i>Prefacio a «Los que pasaban»</i>	258
GUZMÁN, Euclides/ <i>El hombre que venía de la pampa</i>	29
<i>Un experto en arquitectura egipcia</i>	142
<i>Esa noche</i>	244
JOBET, Jorge/ <i>Llora mi voz</i> ... (versos).....	242
LUGONES, Leopoldo/ <i>Dos ilustres lunáticos</i>	215
MEYER, Peter/ <i>El dilema del escritor ruso</i>	272
MACDONALD, Dwight/ <i>Cultura burocrática</i>	282
MONDOLFO, Rodolfo/ <i>Voluntarismo de la acción en Mazzini y en Marx</i>	72

MONTENEGRO, Ernesto/ <i>La filosofía política de Carl Schurz</i>	82
<i>Pezoa Veliz, poeta del pueblo</i>	82
<i>La nueva Inquisición</i>	278
PÉREZ, León S./ <i>El soñador ensangrentado</i>	157
PEZOA VÉLIZ, Carlos/ <i>Rotos de alto rango</i>	124
PROUDHON, P. J./« <i>El regreso de la conferencia</i> ».....	203
QUIROGA, Horacio/ <i>Una noche de Edén</i>	75
ROJAS, Manuel/ <i>Dos centenarios</i>	86
<i>De qué se nutre la esperanza</i>	201
ROUSSET, David/ <i>La batalla del ghetto de Varsovia</i>	160
SANÍN CANO, B./ <i>1848-1948, un siglo realizaciones y esperanzas</i>	79
SERGE, Víctor/ <i>Poema póstumo</i>	27
<i>La tragedia de los escritores soviéticos</i>	263
SILONE, Ignacio/ <i>De la dignidad de la inteligencia</i>	254
THOMAS, Martín/ <i>Las avenuras de Ilya Ehrenburg</i>	288
VALERY, Paul/ <i>Esbozo de una serpiente</i>	169
VALLEJO, Alejandro/ <i>La hispanidad de América</i>	229
WILSON, Edmund/ <i>Puliendo el lente</i>	65
WOLFE, Bertram D./ <i>Nomenclador soviético</i>	302

B a b e l

REVISTA DE ARTE Y CRÍTICA
FUNDADA EN BUENOS AIRES EN ABRIL DE 1921

Director: Enrique Espinoza

Comité asesor: Manuel Rojas, Luis Franco, González Vera,
Laín Díez y Mauricio Amster (Gerente)

Precio del número \$ 20 m ch.
Suscripción a 6 números \$ 80 m ch.

FUERA DE CHILE:

Precio del número 0,50 u/s.
Suscripción a 6 números 2,50 u/s.

Toda la correspondencia de BABEL debe dirigirse a Av. Bernardo
O'Higgins 2555, Sgo. Cheques o giros a nombre de Mauricio Amster

Babel

ALGUNOS NUMEROS ESPECIALES:

N.º 34.—HOMENAJE AL PUEBLO ESPAÑOL En el décimo aniversario de su resistencia

ARTHUR KOESTLER/*La sedición*.—LUIS FRANCO/*Don Paquito*.—ENRIQUE ESPINOZA/*Conciencia histórica*.—JUVENCIO VALLE/*Laurel a Pasionaria*.—MANUEL ROJAS/*Diez Años*.—BERNARDO CLARIANA/*Oídlos cantar por la Casa de Campo*.—VINCENT SHEEAN/*El último voluntario*.—MAURICIO AMSTER/*La rama y el retoño*.

AGOTADO.

N.º 36.—HOMENAJE A PEREZ ROSALES

GONZÁLEZ VERA/*Vicente Pérez Rosales*.—ERNESTO MONTENEGRO/*Los Recuerdos del Pasado*.—LUIS FRANCO/*San Martín y un testimonio chileno*.—ARMANDO LIRA/*Pérez Rosales, dibujante y pintor*.—LAÍN DÍEZ/*Pérez Rosales, minero*.—EUCLIDES GUZMÁN/*Cuando en Chile se prefabricaban casas*.—ENRIQUE ESPINOZA/*Reconocimiento argentino*.

56 págs. \$ 10.—

N.º 44.—SOBRE EL CENTENARIO DEL 48

JEAN CASSOU/*Tres testigos del 48*.—EDMUND WILSON/*Puliendo el lente*.—RODOLFO MONDOLFO/*Voluntarismo y pedagogía de la acción en Mazzini y en Marx*.—B. SANÍN CANO/*1848-1948, un siglo de realizaciones y esperanzas*.—ERNESTO MONTENEGRO/*La filosofía política de Carl Schurz*.—MANUEL ROJAS/*Dos centenarios*.—LAÍN DÍEZ/*Los alemanes del 48 en Chile*.—ENRIQUE ESPINOZA/*El fantasma mete ahora miedo en América*.—JAMES P. CANNON/*Adiós a un pionero socialista*.—LUCIENT LAURAT/*¿Por qué los socialistas europeos miran hacia América*.—HERNÁN GÓMEZ/*La última lección del maestro*.

72 págs. \$ 20.—

ROPAS
RUDDOFF

*El sello de
Distinción
conocido en todas partes*

SALVADOR SANFUENTES 2853

NI AL HACER TRAJES NI
AL LESGILAR PROCEDE EL
HOMBRE SIMPLEMENTE POR
AZAR, Y SU MANO VA SIEM-
PRE GUIADA POR MISTERIO-
SAS OPERACIONES DEL ESPÍ-
RITU. EN TODAS SUS MODAS
Y TRABAJOS PREPARATORIOS
SE ENCONTRARÁ ESCONDIDA
UNA IDEA ARQUITECTÓNICA;
SU CUERPO Y SU TRAJE SON
EL SITIO Y LOS MATERIALES
EN EL CUAL Y CON LOS
CUALES HA DE EDIFICARSE
EL EDIFICIO EMBELLECIDO
DE SU PERSONA.

CARLYLE/Sartor Resartus



ROPAS
Ruddoff

SUCURSALES: SANTIAGO - VALPARAÍSO Y CONCEPCIÓN